

JULIÁN MÉNDEZ DOSUNA

LOS GRIEGOS Y LA REALIDAD PSICOLOGICA DEL FONEMA: η Y ο EN LOS ALFABETOS ARCAICOS

In the course of many years of experience in the recording and analysis of unwritten languages, American Indian and African, I have come to the practical realization that what the naïve speaker hears is not phonetic elements but phonemes.

Sapir (1933: 47)

1. Introducción

El especialista en la fonología de las «lenguas muertas» — también conocidas por el pudoroso eufemismo de «lenguas de corpus» — se enfrenta a su objeto de estudio en una situación de clara desventaja — o, bien mirado, de clara ventaja: *anything goes* — respecto del experto en lenguas habladas en la actualidad. Este siempre tiene la posibilidad de contrastar la validez de sus análisis lingüísticos, bien estudiando la pronunciación de los hablantes en el laboratorio, bien interrogando a una selección de informantes que le ayuden a hacerse una idea sobre sus intuiciones, bien diseñando *tests* psicolingüísticos que le permitan confirmar indirectamente una hipótesis dada. Por el contrario, quien estudia lenguas que dejaron de hablarse hace siglos, dispone de un *corpus* de datos limitado y con el inconveniente añadido de que sólo puede acceder a ellos a través del código escrito.*

* Para la transcripción fonética me atengo a las convenciones de la IPA (revisión de Kiel, 1989). Asunción Hernández Vázquez me ayudó en la localización de algunos datos de las inscripciones jónicas. Geoffrey Nathan me hizo útiles sugerencias en el transcurso de una conversación informal en Krems. Los comentarios críticos a una versión previa de Carmen Pensado y de un(a) lector(a) anónimo(-a) del consejo asesor de Kadmos me permitieron subsanar algunos errores y me ayudaron a clarificar los puntos más oscuros. Quedé constancia de mi agradecimiento hacia las personas citadas (están de más por evidentes las consabidas fórmulas exculpatorias). Este trabajo se encuadra en el Proyecto de Investigación PB-90-0530 subvencionado por la DGICYT.

1.1. Es un lugar común que, en el campo de la fonética, los antiguos griegos nunca alcanzaron la sofisticación de los gramáticos indios. Pero, aun siendo cierto en líneas generales, el tópico oculta parte de la verdad. Como pone de relieve Allen (1981: 115), el proceso de adaptación de la escritura fenicia a las necesidades que planteaba la lengua griega, muestra por sí mismo que los griegos eran capaces de aplicar, aunque fuera de forma intuitiva, los principios básicos del análisis fonológico.

Es más, si nos atenemos a la opinión general, los griegos — dando muestras de una agudeza propia de su condición de fundadores de nuestra civilización occidental — habrían trascendido el ámbito de lo fonológico hasta adentrarse en el terreno del detalle fonético al utilizar en algunas ocasiones grafías especiales para variantes puramente alofónicas, *sc.* sonidos que en ningún contexto eran capaces de establecer un contraste fonológico.

Se admite de forma generalizada que, en las inscripciones arcaicas, las letras *x* y *Ω* reflejan distintos alófonos de /k/. El uso de *ei* en lugar de *e* en posición antevocálica, abundantemente documentado por toda Grecia, sería otro posible ejemplo de notación alofónica: cf. beoc. *ανεθειαν*, locr. or. *πεδιαρχειον*, át. *μαντειον* (= *μάντεων*), *θειοιν*, *koiné ἀρχιερεία* (= *ἀρχιερέα*), etc. De acuerdo con la explicación más difundida, el dígrafo *ei* en los ejemplos citados transcribe una [e] cerrada, supuesta realización de /e/ antevocálica. Asimismo el afán de representar con precisión este mismo alófono habría conducido al empleo de un signo especial *†* en inscripciones del siglo V de la localidad beocia de Tespias: cf. *Ἐρακλήος*, *Προκλῆς*, etc.

1.2. Los hechos apuntados deberían haber merecido mayor atención de parte de los lingüistas, aunque sólo sea porque, si fueran genuinos, resultarían notabilísimos contraejemplos al principio general formulado por Sapir que a modo de lema encabeza este artículo.¹

Como se sabe, los sistemas ortográficos alfábéticos se rigen por un criterio de economía. El ideal es disponer de un suficiente número de signos para representar todas y cada una de las unidades distintivas mínimas: los fonemas. Por el contrario, las variantes alofónicas predecibles a partir del contexto, de las que los hablantes difícilmente se percatan de forma consciente, rara vez reciben una representación propia.

Las excepciones auténticas al principio general de la escritura fonológica son raras.² Es evidente que no lo contravienen aquellos casos en los que se refleja una determinada realización contextual que, sin embargo, tiene plena

¹ Para una postura más matizada, cf. Derwing, Nearey y Dow (1986); Derwing y Dow (1987).

² Por ejemplo, la ortografía sánscrita incluye signos para representar la nasal palatal [n], la nasalidad vocalica (*anusvāra*) trasliterada como *m*, la aspirada sorda (*visarjanīya*), generalmente transcrita como *-h*, y sus variantes [-ɸ] (*upadhmāniya*) ante oclusiva labial y [-x] (*jih-*

capacidad de contraste en otros contextos: cf. esp. *ambos*, *rampa*, donde *m* representa un simple alófono [m], predecible por el contexto y sin capacidad de contraste, frente a la /m/ de *mapa*, que se opone fonológicamente a la /n/ de *napa*, la /l/ de *lapa*, la /t/ de *tapa*, la /ts/ de *chapa*, etc. En la norma ortográfica del vasco, donde opera un proceso de asimilación comparable al del español, se ha optado por una representación más «abstracta»: cf. *denbora* ‘tiempo’ (< lat. *tempora*). También en español, a los niños y adultos iletrados les resulta más intuitivo escribir *anbos*, *ranpa*, con una *n* «incorrecta».

En griego, donde también /m/ y /n/ contrastan fonológicamente en contexto antevocálico (cf. *τόμος* vs. *τόνος*), las inscripciones presentan una fluctuación gráfica en posición anteconsonántica de neutralización. Ante las oclusivas labiales la nasal puede aparecer indistintamente como *v*, notación fonológica «subyacente» (*ανφί*, *εν πολει*), o como *μ*, notación fonética «superficial» (*αμφί*, *εμ πολει*; cf. también *τα-i-se-ηη-μη-pa-i-se ταις Νυμφαις*, ICS² 352 + add. p. 420, ¿Támaso?, uno de los raros casos en que una nasal anteconsonántica aparece notada en la escritura silábica chipriota). Como ejemplo de notación del tipo «superficial» en las inscripciones áticas pueden servir también formas como *εγ Βυζαντιο* (= ἐγ Βυζαντίου), *ἐχ φυλές* (= ἐκ φυλῆς), etc. y, en época helenística cuando *ζ* = /z/, *αναβαζμους* (= ἀναβασμούς), *Ζμυρνατος* (= Σμυρνατος), etc. (Lejeune 1972: §§ 107 y 356).

De estos hechos se deduce que el archifonema del estructuralismo praguense es una entelequia desprovista de realidad psicológica (Donegan y Stampe 1979: 161–162; Dressler 1984: 32–33, 1985: 144–145). Lo que los hablantes perciben en contextos de neutralización, y, consiguientemente, representan en la escritura, no es un archisegmento abstracto (sc. el denominador común de los rasgos de los fonemas neutralizados: en nuestro caso, /N/ como símbolo de una nasal sin punto de articulación específico tal como sostienen, por ejemplo, Lejeune 1972: § 143 y Ruijgh 1975: § 11), sino un segmento concreto y plenamente especificado: bien la realización fonética [m] (*m* en español normativo, *μ* en griego), bien un «archifonema» /n/ (*n* en vasco y español «incorrecto», *v* en griego) que se identifica con la única nasal aceptable ante pausa: cf. en la evolución diacrónica *sem > gr. *εν*, lat. *quem* > esp. *quien*; *Bethlehem* > *Belén*; en la variación fonoestilística sincrónica: esp. *ultimátum* [ulti'matum] → col. [ulti'matun]. En posición anteconsonántica este «archifonema» /n/ puede aflorar a la superficie en un estilo *largo*, con pausas intersilábicas artificiales: esp. [an. bos], [ran. pa]; presumiblemente gr. ant. [an. p^hi], [en. pó. le. i].³

vāmūlīya) ante oclusiva velar. En su tratado gramatical, Pāṇini excluye del *varṇasamāmnāya* estos signos que representan sonidos de dudoso estatuto fonológico; vid. también n. 8.

³ Evidentemente los factores históricos y extrafonológicos intervienen de forma decisiva en la

La concepción algorítmica del fonema estructuralista, definido por criterios formales de oposición y distribución, que ha dominado el panorama de la teoría fonológica durante un periodo excesivamente prolongado, debe abandonarse. Tal como han propugnado recientemente la Fonología Natural (Donegan y Stampe 1979; Dressler 1984) y otras corrientes (p.ej., Hyman 1975: § 3.3), es preciso volver al concepto de fonema de Baudouin de Courtenay (1895) y Sapir, definido como una *intención articulatoria* (*Lautabsicht*). Este punto es clave para lo que aquí se va a tratar.

1.3. En dos trabajos anteriores (Méndez Dosuna, en prensa, a y b) me he ocupado del problema de la /e/ antevocálica. La idea tradicional de un proceso de cierre en los antiguos dialectos y en el griego de la *koiné*, no es la explicación más adecuada. Por razones que no voy a repetir aquí, es poco verosímil que ει en θειος responda a una intención de reproducir el supuesto alófono [ɛ]. Por lo que se refiere a τ en las inscripciones de Tespias, hay razones para pensar que, en los casos del tipo Ερωλτος, dicho signo — contra lo que se venía suponiendo — no es la transcripción de una /e/ breve antevocálica presuntamente cerrada, sino que representa una /e:/ larga (cf. los genitivos en -χλειος profusamente atestiguados en las inscripciones beocias recientes; Scherer 1959: § 237.9) exactamente igual que en Αντιγεντδας, Τσιμενες.

Es ahora mi propósito mostrar que la distribución de x y Ω en las inscripciones arcaicas tampoco nos autoriza a atribuir a los antiguos griegos la capacidad de captar diferencias poco menos que infinitesimales en la realización de los distintos alófonos de un fonema. Por otra parte, contra recientes propuestas en ese sentido, intentaré hacer ver que ni la adopción de Ω ni la aparición de φ en los alfabetos griegos pueden ponerse en relación con la evolución de las labiovelares. El uso de Ω en las inscripciones griegas responde a una convención ortográfica que incumbe más a la fonología del fenicio que a la del griego. Esta conclusión nos permitirá enfocar con un ángulo diferente el problema de la pronunciación de v en los dialectos del grupo jónico-ático.

2. x y Ω en las inscripciones griegas arcaicas

Como se sabe, las letras *kap* y *qop* notaban en la escritura fenicia dos fonemas oclusivos sordos, /k/ y /q/, de articulación velar y uvular respectiva-

fijación de la norma ortográfica. En español la *m* de *ambos* responde a la tendencia latinizante de la ortografía (nótese, por lo demás, que la distribución de las nasales en latín era totalmente distinta ya que, con la excepción de unos pocos monosílabos como *non*, *in*, *-m* era la única nasal que podía aparecer en final de palabra y ante pausa). Por el contrario, la *n* de *denbora* sirve para marcar distancias entre la norma vasca y la de las lenguas romances vecinas: cf. fr. *temps*, esp. *tiempo*.

mente.⁴ Pese a que en su lengua no se daba un contraste análogo, los griegos adoptaron los dos signos κ ($\chiάπτα$) y Ω ($\χόππα$) para representar lo que según todos los indicios constituía un único fonema: la oclusiva velar /k/.

En contexto antevocálico, las letras citadas aparecen en distribución complementaria: κ se utiliza ante α , ϵ , ι ; Ω aparece ante \circ , υ : p.ej., Θορα $\vartheta\circ$, Θυλιχ ς en SEG XXVI 863 (Rodas, c.s. VIII?); $\kappa\alpha\iota$, $\kappa\alpha\lambda\circ\nu$, $\kappa\epsilon\chi\alpha\rho\iota\sigma\mu\epsilon\nu\circ$, pero Πασιδί $\vartheta\circ\iota$ en CEG 165 (Argos, c.s. VII?); $\alpha\ne\theta\epsilon\kappa\epsilon\nu$, $\kappa\alpha\iota$, $\epsilon\nu\epsilon\kappa\alpha$, pero $\Omega\omega\iota$ (= $\kappa\alpha\delta\iota$), $\epsilon\delta\omega\Omega$ $\omega\gamma\pi\pi\iota\circ\varsigma$ (= $\ddot{\epsilon}\delta\omega\kappa\circ\omega\alpha\gamma\pi\pi\iota\circ\varsigma$) en SEG XXXVII, 994 (Priene, c.650–600?); Νικανδρη, $\alpha\ne\theta\epsilon\kappa\epsilon$, $\kappa\epsilon\kappa\eta\beta\circ\lambda\circ\iota$, Δεινοδικη, $\kappa\alpha\sigma\gamma\gamma\eta\eta\circ\iota$, pero $\Omega\circ\eta\circ\eta$ en CEG 403 (Delos < Naxos, c.ca. 650?); $\kappa\alpha\sigma\gamma\gamma\eta\eta\circ\iota$ $\gamma\kappa\alpha\theta\circ\iota$ en CEG 143 (Corcira, c.625–600?); δικαστορευ $\vartheta\circ\eta\circ\iota$, pero Ανδρο $\vartheta\circ\eta\circ\iota$, Θολουρο ς en SEG XVII 287 (Metone, c.ca. 550?); $\alpha\ne\theta\epsilon\kappa\epsilon$, $\chi\alpha\lambda\kappa\epsilon\circ\eta\circ\iota$, $\nu\kappa\alpha\sigma\epsilon$, Κεφαλανα ς frente a $\Omega\circ\eta\circ\iota$ en CEG 391 (Cefalenia, c.550–525?); $\alpha\ne\theta\epsilon\kappa\epsilon$, $\delta\kappa\eta\alpha\tau\alpha\eta$, pero Θυνιο $\vartheta\circ\iota\circ\varsigma$ en IG XIV 643 (Síbaris, c.s. VI?); $\kappa\alpha\iota$, $\epsilon\kappa\alpha\sigma\tau\alpha\circ\varsigma$, $\pi\circ\eta\eta\kappa\alpha\zeta\circ\varsigma$ (= φοινικ \circ), $\kappa\epsilon\lambda\circ\iota\circ\o$, $\kappa\lambda\epsilon\eta\kappa\circ\iota\circ\o$, $\iota\kappa\alpha\tau\iota\delta\alpha\kappa\mu\iota\circ\varsigma$, $\lambda\alpha\kappa\epsilon\eta\circ\iota\circ\o$ (át. λαχεῖν), $\kappa\kappa\epsilon\omega\eta\circ\iota\circ\o$, etc., pero $\pi\eta\eta\tau\eta\circ\iota\circ\o$, $\pi\circ\eta\eta\circ\iota\circ\o$ (= át. πρόχους, ac. pl.), $\kappa\lambda\epsilon\eta\circ\iota\circ\o$ (= γλεῦκος), Θοσμο ς , $\epsilon\pi\epsilon\sigma\tau\alpha\omega\varsigma$, $\pi\epsilon\lambda\epsilon\eta\circ\iota\circ\o$ (= át. πελέκεις, ac. pl.), $\Omega\omega\iota$ (= $\kappa\alpha\delta\iota$ $\omega\iota$), etc. en SEG XXVII 631 (¿Licto?, c.ca. 500?). El catálogo de datos podría prolongarse casi *ad nauseam*.

Para las secuencias /kCo(:)/, /kCu(:)/, en las que interviene una consonante entre /k/ y la vocal posterior, el uso de Ω es facultativo y guarda relación directa con las posibilidades de silabación que se ofrecían: la frecuencia de Ω es mayor en los grupos con una líquida (/kr/, /kl/), proclives a la silabación conjunta, y menor en el caso de /kn/, /km/, /kt/ (también /ks/ en los alfabetos que no cuentan con un signo específico para esta secuencia), grupos menos propicios a este tipo de silabación:⁵ especialmente reveladores son los datos de la «Ley colonial» de Caleo, IG IX 1², 718 (Caleo, c.500–475?), donde se establece una distinción gráfica sistemática entre las secuencias /kro/ (p.ej., Λο $\vartheta\circ\circ\varsigma$ [lo.kros]), siempre con Ω , y /kto/ (p.ej., Ναυπακτο ς [naū.pak.ton]), siempre con κ . Para el uso de Ω en los grupos /kn/, /km/, /kt/, cf. Θυρνυ ς = át. Κύννος, SGDI 5300 (vaso calcídico, c.660–510?); Ηιππαλθο ς , DGE 122.8 (vaso corintio, Caere, s. VI); λε $\vartheta\circ\iota\{s\}$, DGE 440 (Tanagra < Tebas, c.610–550?); Πολυ $\vartheta\circ\iota\circ\o$, SEG XI 314, 7 (Argos, c.575–550?); Ε $\vartheta\circ\iota\circ\o$ (junto a Θορα $\vartheta\circ\varsigma$), DGE 122.4 (vaso corintio, Caere, s. VI); ο Πρι $\vartheta\circ\iota\circ\o$

⁴ Como es sabido, a falta de constancia directa de los nombres de las letras fenicias, habitualmente se utilizan los equivalentes del alfabeto hebreo masorético.

⁵ Obsérvese el diferente comportamiento de las secuencias en cuestión en la *correptio Attica* (Allen 1987: 106–110).

(*sc. ὡ Φοῖξος*), H. Hoffmann, Early Cretan Armorers, p. 9, C 5 y p. 13, M 9 (Axo, *cs.* VI?).⁶ Volveremos más abajo (§ 5.3) sobre esta cuestión.

Dado que esta notación carecía de valor fonológico, la letra Ω comenzó a caer en desuso a mediados del siglo VI en la mayor parte de Grecia de tal modo que, durante el siglo siguiente, a duras penas se encuentra en inscripciones de Lócride, Corinto, Argos, Creta y Rodas.

3. ¿Representa Ω un alófono posterior?

Es creencia firmemente arraigada entre los helenistas que x y Ω transcriben distintos alófonos contextuales de /k/ condicionados por la articulación de la vocal siguiente.⁷ Que, por efecto de la coarticulación, el gesto de una vocal se tienda a anticipar de forma mecánica durante la producción del gesto de la consonante precedente y que, en consecuencia, el punto de articulación de ésta experimente un ligero avance o retroceso, no es desde luego un fenómeno que pueda sorprender. Es cosa bien distinta, sin embargo, atribuir al griego «medio» o incluso a un profesional de las letras (un γραμματεύς, un γραμματιστής o un γραμματικός) la capacidad de percibir mínimas diferencias de pronunciación, que resultan a menudo demasiado sutiles incluso para un lingüista contemporáneo que ha recibido adiestramiento en la transcripción fonética. *A priori* tal posibilidad parece remota. Todavía más si se considera que la escritura suele corresponder al nivel fonoestilístico más formal y al *tempo* de habla más lento («estilo de dictado») en el que, como veíamos más arriba, los efectos de la coarticulación tienden a minimizarse.

Dicho esto, aceptando por razón del argumento que x y Ω representaban diferentes variantes contextuales, se pueden concebir tres posibilidades lógi-

⁶ Para la lectura Πριθος, vid. Chaniotis (1989). Las lecturas Οπριθος ocs (Hoffmann, Bile), o Πριθος ocs (Raubitschek), Οπριος (J. y L. Robert, Bull. épigr. 1973, 360) y Οπριθος (Jeffery, LGPM, s.v.) son erróneas. La forma Ωραθος de IG XII 3, 545 (Tera, *cs.* VII?) es otro fantasma. En realidad, en la inscripción puede leerse la variante tematizada Ωραθος (Gallavotti 1975–1976: 71, n. 1; SEG XXVI, 946), que es conforme a la regla de la Ω. Otros posibles testimonios de Ω en contextos distintos a los señalados despertian sospechas por su propio aislamiento y la incertidumbre de interpretación: tes. Ιλόξινο (?) , McD 318 (Cranon, *cs.* 450–400?), beoc. Βοθος (?) , IG VII 620 (Tanagra-Tebas, arc.), y Ωλιδα, inscripción junto al asa de una *kylix* negra, IG VII 4124, (Tebas, arc.), que se interpreta como un nominativo asigmático Κλιδα < Κλ[ε:]δα < Κλειδα(ς). Si esta lectura es correcta, ¿no se podría suponer que el autor del *graffito*, siguiendo un esquema habitual en las inscripciones de este género, hizo intención de identificar junto al nombre de su propietario el objeto inscrito: *sc.* Ωλιδα? Admitiendo un error, ¿no cabría corregir en Ω<υ>λιδα o Ω<υ>λ(λ)ιδα? Tanto los derivados de κιλα como los de κυλλός son frecuentes en la onomástica griega.

⁷ Wachter (1987: § 8) representa una excepción. Para él, tanto la distribución de x y Ω en las inscripciones griegas arcaicas como la de C, K y Q en la epigrafía etrusca y latina obedecen a convenciones gráficas que poco tienen que ver con la fonética. Sin embargo, tampoco su explicación resulta satisfactoria (vid. n. 25).

cas para dar cuenta de la hipotética distribución de los alófonos de /k/ en griego:

3.1. ✘ representaría el alófono básico de articulación velar /k/; ♀ reflejaría una realización contextual ante las vocales posteriores: fonéticamente podría tratarse de una [k] de articulación algo retrasada o incluso de una [q] uvular (Larfeld 1907: 364–365; Rix 1976: § 27; Allen 1981: 121).

Resulta inverosímil que los griegos fueran capaces de distinguir entre una [k] propiamente velar en /ka/ y un alófono intrínseco más retrasado [k] en /ko, /ku/. Quizá un alófono extrínseco [q] habría sido más fácil de reconocer,⁸ pero no parece que las vocales /u/ y /o/ sean capaces de provocar por sí solas un proceso de uvularización.⁹

3.2. Consideremos ahora la posibilidad contraria: ♀ representaría el alófono básico de articulación velar /k/ y ✘, un alófono de articulación más avanzada [χ] o incluso una [c] plenamente palatal ante las vocales no posteriores (Blaß 1888: 96).

A diferencia del hipotético proceso de uvularización condicionada por la presencia de vocales posteriores que acabamos de descartar, la palatalización de una consonante velar (*sc.* avance de su punto de articulación hacia la zona palatal) ante vocales anteriores es un fenómeno fonético trivial. Pero es impensable que los griegos pudieran percatarse del ligero desplazamiento del

⁸ Obsérvese que la mayor parte de los casos de notación alofónica en la escritura sánscrita citados en la n. 2 se refieren a alófonos extrínsecos. Existen otros aspectos que los hacen difícilmente comparables con el caso de ✘ y ♀ en la escritura griega: (a) a los sonidos en cuestión se les debe reconocer estatuto de fonemas o, cuando menos, de quasi-fonemas (*pace* Emeneau 1946: 89–90 por lo que respecta a [n]); (b) los signos para *anusvāra* y *visarjanīya* eran importantes como marcas de final de palabra en los procesos de *sandhi*; (c) la introducción de estos signos se debe a los gramáticos, quienes, como se indicó más arriba, con sus avanzados conocimientos de fonética estaban lejos de ser *hablantes ingenuos*: los gramáticos llegaron a idear — por puro amor a la simetría — una notación para una lateral retroflexa larga [l̪], sonido que no tenía existencia real en la lengua fuera de la recitación del nombre de las letras (cf. Allen 1953: 16; 1962: 16, n. 10). Recuérdese, por otra parte, que el interés por los estudios fonéticos surgió en la India por la necesidad de preservar los textos sagrados con la mayor fidelidad posible en la recitación oral.

⁹ En relación al condicionamiento contextual de los dos alófonos de /l/ en latín, podría pensarse que la uvularización de la variante *pinguis* ([l]) en formas como *famulus*, *uolō*, *exulans* se debía a la articulación posterior de las vocales siguientes. Tal supuesto que, por lo que yo sé, nadie ha defendido, constituiría un craso error. Dado que [l] aparecía también ante consonante (arc. *uolt*, *uoltis*; clás. *uult*, *uultis*) e incluso ante la vocal anterior /e:/ (*uolēbam* si es que el resultado *uol-* no es aquí analógico), la conclusión lógica es exactamente la contraria: que la uvularización de /l/ era un proceso independiente del contexto que quedaba sin efecto ante una /i/, la vocal de articulación opuesta al gesto de la uvularización: cf. la [l] *exilis* de *familia*, *uelim*, *exilium*.

punto de articulación en una [k] como la de esp. *Quito* ['kito], *quema* ['kema] en la pronunciación castellana habitual. Por lo expuesto más arriba a propósito de [q], la diferencia entre alófonos habría sido más fácil de percibir si se postula un alófono extrínseco [c] netamente palatal: cf. gr. mod. κάνω ['kano], κόρη ['korí], κούπα ['kupa] frente a κύμα ['cima], καίω ['ceo].¹⁰ Sin embargo, la hipótesis de un alófono palatal notado por el signo κ también tropieza con dificultades.

En primer lugar, es normal que /k/ se palatalice ante las vocales anteriores /i/, /e/, /ε/ e incluso /ɛ/ (Bhat 1978: 60–61). Pero, puesto que no existen razones para postular un proceso /a(:)/ > /ɛ(:)/ con carácter panhelénico, esperaríamos que, si κ notase un alófono palatal, Ω no se utilizase sólo ante o y u, sino también ante α.

En segundo lugar, no parece probable que la vocal siguiente modifique el punto de articulación de /k/ en los grupos /kr/, /kl/: adviértase la ausencia de palatalización de /k/ en gr. mod. κρίμα ['krima], κλίμα ['klima], κρέμα ['krema], κλαίω ['kleo] frente a los citados κύμα ['cima], καίω ['ceo]. Si la diferencia entre κ y Ω hubiera sido fonética, esperaríamos que la letra Ω se utilizara en secuencias de este tipo: cf., sin embargo, κρεών, κλευκτος, κλευθος con κ como εκαστας, κελοιτο, etc. en SEG XXVII 631 (⟨Licto?, éca. 500?⟩) y no τρεών, τλευκιος, etc., con Ω como πεντηθοντα, προθοος, etc. No parece, pues, razonable deducir que κ sea notación del alófono secundario.

Que κ sea la grafía que se prefiere en grupos heterosilábicos como /kt/ con independencia de cuál sea la vocal siguiente (cf. locr. Ναυπακτος) refuerza la impresión de que κ era el alógrafo básico. En el mismo sentido apunta el hecho de que fuera Ω el signo que acabó por desecharse.

3.3. Según una tercera posibilidad, κ representaría el alófono principal [k] ante la vocal central /a(:)/ y ante consonante heterosilábica y un alófono secundario [k̪] ante las vocales anteriores /i(:)/, /e(:)/. Por su parte, Ω transcribiría un segundo alófono secundario [k̪] ante las vocales posteriores /o(:), u(:)/. Parece que Lejeune (1972: § 24), Allen (1987: 17) y Sampson (1985: 100) están pensando en una distribución de este tipo, que podría recordar la que supuestamente presentan C, K y Q en las inscripciones latinas arcaicas (pero vid. n. 28).

Resulta obvio que este tercer supuesto acumula los inconvenientes de los dos anteriores dado que hay que contar simultáneamente con los procesos fonéticos, palatalización ante las vocales anteriores y uvularización ante las posteriores, que antes hemos descartado.

¹⁰ Obsérvese que, ante otras vocales, [c] (analizado como /kj/ o /c/ dependiendo de las convicciones teóricas de cada fonólogo) puede establecer un contraste (quasi-)fonológico con /k/: cf. κι ἄλλος ['calos] vs. κάλλος ['kalos].

3.4. En definitiva, la distribución de κ y φ no tiene sentido desde el punto de vista del griego: (a) que los griegos *oyesen* sin mayor dificultad la diferencia entre /k/ y [χ] y/o [k] parece poco verosímil; (b) /i(:)/, /e(:)/ y /a(:)/ no forman una clase natural como contexto de un proceso de palatalización; (c) una regla de uvularización ante /o(:)/ y /u(:)/ no es plausible.

4. ¿Representa φ un alófono labializado?

En un trabajo de reciente publicación, Brixhe (1991) ha abordado, junto a otras cuestiones relativas a la adaptación del alfabeto fenicio a la lengua griega, el problema de la letra φ (pp. 336–344). La adopción del signo φ con la función exclusiva de notar una variante contextual constituye una anomalía que requiere una explicación. Tomando como punto de partida una sugerencia de Rosén (1984: 228), Brixhe supone que el uso de φ que atestiguan las inscripciones arcaicas, no es el primitivo. En el momento de adopción del alfabeto, la letra φ —tal vez asociada a u (ϙυ) o quizás a F(ϙF)— habría servido para notar los fonemas de la serie labiovelar, que habrían pervivido intactos hasta época postmicénica. Más tarde, una vez cumplido el proceso fonético /kʷ/, /kʷʰ/, /gʷ/ > /p/, /pʰ/, /b/ ante /a, o/, el signo φ habría quedado sin función propia. Como en otras ocasiones (el reciclaje del signo H como notación de /ɛ:/ en los dialectos psilóticos de la Jonia minorasiática y de Creta es el caso paradigmático), los griegos habrían sabido sacar provecho de este accidente asignando nuevos valores fonéticos a dos variantes distintas del signo. La variante más evolucionada, φ (círculo con pedúnculo: Φ2 de Jeffery y Johnston (1990)), se habría especializado para notar un alófono de la velar /k/ ante las vocales labiales /o(:)/ y /u(:)/. La más antigua, Φ (círculo atravesado por una línea: Φ1 de Johnston (1990)), habría visto prolongada su barra central hasta convertirse en el signo φ (*phei*) y, tras el proceso /kʷʰ/ > /pʰ/, se habría especializado como notación de la oclusiva labial sorda aspirada.¹¹ Si esto hubiera sido así, el uso de Φ1 con el valor de /k/ ante vocal labial encontraría una motivación dentro de la fonología del griego: proximidad entre /kʷ/ y /ko/, /ku/ (fonéticamente [kʷo], [kʷu]) con redondeamiento de labios alofónico).¹² El valor de /pʰ/ asignado a Φ2 se debería a razones históricas.

¹¹ A conclusiones similares parece haber llegado de manera independiente Bernal (1990: 116), en un libro, en el que —sin argumentos sólidos en que sustentar su hipótesis— adelanta la fecha de adopción del alfabeto fenicio nada menos que hasta el siglo XIV a.C. Para Bernal (1990: 111) la *qoppa* se habría incorporado al alfabeto griego en el siglo IX a.C. en una hipotética reforma ortográfica que tendría como objetivo «to make the Greek alphabets conform to the Phoenician standard». No es este el lugar para discutir la inverosimilitud de tales propuestas. Remito al lector a la reseña de Pope (1992).

¹² Aunque de forma menos clara, también Bartoněk (1963: 33) parece dar a entender que el uso de φ o κ depende del redondeamiento de la vocal siguiente.

A primera vista, la hipótesis de Rosén — Brixhe resuelve el problema de la distribución de x y Ω puesto que las vocales redondeadas /o(:)/ y /u(:)/ sí forman una clase natural por oposición a las no redondeadas /i(:)/, /e(:)/ y /a(:)/.¹³ Sin embargo, pese a su atractivo inicial, esta explicación tampoco está exenta de dificultades.

Para empezar, toda la hipótesis arranca de varios argumentos *ex silentio*. Aun admitiendo que las labiovelares se hubieran mantenido como tales en época postmicénica, no existe, por lo que yo sé, ninguna prueba del supuesto uso de Ω, Ψ u o Φ con el valor de /kʷ/ y, menos aún, con el de /kʷʰ/ y /gʷ/. La ausencia de testimonios de Ω con valor fonético /kʷʰ/ obliga también a considerar con cautela la posibilidad de vincular esa letra con la aparición del signo complementario φ.¹⁴ Los datos epigráficos de que disponemos, no permiten apreciar ninguna diferencia funcional entre las dos variantes del signo Ω: cf., p.ej., ΥοραΩδο, Υυλιχς con Ω1 en el famoso *incunable* rodio SEG XXVI 863 (cf. VIII?).

Pese a que la hipótesis de Rosén — Brixhe opera con los valores /kʷʰ/ y /pʰ/, no hay tampoco datos que permitan establecer una relación entre el signo Ω — sea la variante Ω1, sea la variante Ω2 — y las oclusivas aspiradas. Ciento que en Creta, Tera y Melos hay testimonios de Ω y Ψh con el valor de /kʰ/ (p.ej., Θαρ(ρ)ψυμαΨοc, IG XII iii 763, 3; Tera, cf. fin. s. VII?), pero, a fin de cuentas, esto es lo normal en el alfabeto *verde* que se empleaba en estas islas: también x o χ sirven para este propósito (p.ej., Χτηψοv IG XII iii 360; Tera, cf. fin. s.

¹³ Rosén (1984: 228, n. 15) señala un posible paralelo al uso de Ω en las inscripciones griegas arcaicas. En el turco osmanlí escrito con caracteres árabes antes de la reforma ortográfica de 1928 que impuso el alfabeto latino, las consonantes /t/, /s/, /k/ se representaban con las «letras enfáticas» (trasliteradas aquí como ⟨t⟩, ⟨s⟩, ⟨q⟩) ante las vocales no anteriores de armonía «oscura» /i, u, o, a/; por el contrario, los signos no enfáticos correspondientes (⟨t⟩, ⟨s⟩, ⟨k⟩) se utilizaban ante las vocales anteriores de armonía «clara» /i, y, e, ø/. El paralelo no es exacto por las razones siguientes: (a) el uso de distintos signos consonánticos no servía tanto para precisar la cualidad alofónica de la consonante en cuestión como para indicar el timbre de la vocal contigua, dato importante para la regla de armonía vocalica del turco; (b) /i, u, o, a/ e /i, y, e, ø/ si funcionan como dos clases naturales genuinas en la regla mencionada; (c) en el caso concreto de la /k/ turca (Kornfilt 1987: 624–625), el uso de ⟨q⟩ y ⟨k⟩ permitía diferenciar gráficamente sus dos alófonos: [k] en contacto con vocales posteriores (p.ej., [kor] ‘ascua’) y [c] en contacto con vocales anteriores (p.ej., [cør] ‘ciego’). Es importante señalar que [c] tiene virtualmente rango de fonema ya que en algunos préstamos puede aparecer en contacto con un vocal posterior. Este hecho puede indicarse en la ortografía actual mediante un acento circunflejo sobre la vocal contigua: kár [cár] ‘ganancia’.

¹⁴ Contra el origen común de φ y Ω, Wachter (1989: 34–35 y n. 42) aduce el hecho de que ambos signos figuran simultáneamente en varios de los alfabetarios arcaicos conservados. El argumento es muy débil ya que, con ese criterio, tendríamos que postular orígenes diversos para F y v y para o y ω.

VIII?). Fuera de la zona *verde*, Ω es, casi sin excepción, notación de /k/ y no de /k^h/: así, p.ej., en la inscripción de un ex mercenario que había servido a las ordenes del faraón Psamético, SEG XXXVII, 994 (Priene, ca. 650–600?), la notación Ω en Ωώι (l. 3), εδωΩ^ρ ωιγυπτιος (ll. 4–5) contrasta con χ en Ψαμ-μετιχος (ll. 6–7); de igual forma, en la inscripción de Nicandra, CEG 403 (Delos < Naxos, ca. 650?), Ω se usa para Ωόρη (l. 1), pero no para εισοχος (l. 2) y αλοχος (l. 3); en la ley colonial de Caleo, IG IX 1², 718 (ca. 500–475?), Αοφρον (l. 1), Φοινανον (l. 4), επιΦοινους (l. 5), etc., con Ω, contrastan con επιτυχοντα (l. 3), ανχορειν (l. 9), etc. con χ (*sc.* Ψ = /k^h/ como corresponde en un alfabeto *rojo*). Los posibles ejemplos de Ω con valor /k^h/ son relativamente tardíos y demasiado aislados e inciertos para resultar probatorios: cor. ΑεοΦυλινος (= Αισχυλινος), DGE 121.5 (Caere < Corinto, s. VI),¹⁵ át. Φυτ[ρας] (= ἡ χύτρας?, M. Lang, Agora XXI, p. 88, K 2 (s. VI–V)).

Por lo demás, en lo que afecta a la cuestión concreta de las grafías Ω, Ωu tal como se atestiguan en época histórica, es obvio que la solución de Rosén – Brixhe no hace más que retrasar la cronología del problema desde el momento mismo de la adopción del alfabeto a una época algo posterior, pues no parece que la labialidad alofónica de /k/ ante /o(:)/, /u(:)/ sea un rasgo fonético más fácil de percibir para los hablantes que el desplazamiento en el punto de articulación.¹⁶ A este respecto es sintomático que los griegos de época premicénica no fueran capaces de «oír» ni siquiera el redondeamiento *fonológico* de las labiovelares en contacto con /u(:)/: cf. *gʷʰoukʷolos > mic. qo-u-ko-ro > át. βουκόλος, *kʷukʷlos > κύκλος, *eukʷʰ- > mic. e-u-ke-to, át. ηῦχετο, etc. (Lejeune 1972: § 31).¹⁷ En dicho contexto, por «ultracorreción» (en el sentido de Ohala 1989: 188–190), los hablantes interpretaban la

¹⁵ ¿Acaso hay que ver aquí una variante Αισχυλινος con σχ por ωχ como, p.ej., en etol. Αισχριων, IG IX 1², 98, 9 (Fistio, com. s. III)?

¹⁶ Como el propio Brixhe (1991: 340) señala, el grado de labialización (puramente alofónica) de /k/ en [ko], [ku] debía de ser mucho menor que el de /kʷ/. De no haber sido así, esperaríamos que estas secuencias hubiesen evolucionado a † [po], † [pu] de la misma forma que /kʷa/, /kʷo/ > [pa], [po]. Es más, parece verosímil que, en griego prealfabético, la labialidad fonológica de la serie labiovelar hiciese que, por polarización profiláctica, la labialización alofónica de la velar /k/ en contacto con las vocales redondeadas fuese significativamente menor que en otras lenguas donde tal oposición no existe: cf. la reducción drástica de la nasalización alofónica en francés, que cuenta con una serie de vocales nasales fonológicas (*don* [dø] con fuerte nasalización, *(il) donne* [don] sin nasalización) frente al español donde la nasalidad es alofónica: *don* [dõn]. Para otros casos de polarización, vid. §§ 5.1.2, n. 20, y 5.2.

¹⁷ Cf. también lat. *Augustus, augurium* > lat. vulg. *Agustus, agurium* (> it., esp. *agosto*, fr. ant. *aost*; esp. *agüero*, fr. ant. *aür*); esp. mod. *inauguración* > vulg. *inaguración*; esp. ant. *fruente, flueco, culuebra* > mod. *frente, fleco, culebra*; esp. mod. *fluorescente* > vulg. *florescente*. En estos ejemplos [u] se ha eliminado como si se tratase de un *glide* de transición superfluo motivado por la labialidad de la /u/ o de las consonantes labiales (/f/, /b/) del entorno fonético.

labialidad de /kʷ/, /kʰʷ/, /gʷ/ como una distorsión acústica creada por la /u/ contigua o, lo que es lo mismo, «oían» /kʷ/, /kʰʷ/, /gʷ/ como simples variantes contextuales de /k/, /kʰ/, /g/ en las que la labialidad tenía que «descartarse» como rasgo fonológicamente no pertinente.¹⁸ Visto desde otro punto de vista, la labialidad de una /u/ enmascaraba la de una labiovelar contigua.

5. x, Ω y la fonología del fenicio

Pese a sus diferencias, la doctrina tradicional y la hipótesis de Rosén —Brixhe coinciden en que tratan de dar una respuesta al problema de Ω desde la fonología del griego. Ambas soluciones son intrínsecamente poco verosímiles porque presuponen una sensibilidad auditiva poco común por parte de los hablantes griegos. A mi modo de ver, la solución del enigma no se ha de buscar en el griego, sino en el fenicio.¹⁹

Está fuera de toda duda que la transferencia del alfabeto se ha producido en un ambiente de bilingüismo greco-fenicio (cf. Jeffery y Johnston 1990: 6-8). A juzgar por situaciones análogas en época contemporánea, para las transacciones comerciales bastan unos conocimientos básicos que aseguren la mutua inteligibilidad de los que participan en el trato. Sin duda, la transferencia de un sistema de escritura requiere un contacto más estrecho.

5.1. La interferencia de la lengua materna (L_1) en la adquisición de una segunda lengua (L_2) es un fenómeno bien conocido. Las disimetrías existentes entre el sistema fonológico de L_1 y el de L_2 pueden resolverse de distintas maneras (la siguiente tipología, que constituye una voluntaria simplificación respecto de la complejidad de las situaciones reales, se inspira libremente en Weinreich 1953: 18-19; 1957):

¹⁸ Estableciendo una analogía con lo que sucede en la percepción visual, un jarrón de cristal amarillo (una velar) iluminado con una luz roja (una vocal redondeada) parece anaranjado (una labiovelar). El observador «corrige» el efecto de la iluminación para reconocer el verdadero color del jarrón. Pero si el jarrón es efectivamente anaranjado (una labiovelar), entonces el observador puede ser víctima de una ilusión óptica y, atribuyendo dicha coloración a la luz ambiental, creer que lo que está viendo es un jarrón amarillo (una velar). Es innecesario señalar que en compuestos como mic. *go-u-go-ta* [gʷougʷota:s], *su-go-ta* [sugʷo:ta:s] (át. βουθότης, συβώτης) la labiovelar ha sido respetada por analogía (cf. át. βόσκω). Volviendo al símil anterior, el observador se da cuenta de que, pese a las dudas que pueda crear la iluminación roja, el jarrón es realmente anaranjado porque puede ver otras piezas de cristal del mismo tipo con luz natural blanca (otros contextos fonéticos) que no produce distorsiones cromáticas.

¹⁹ Cf. Prosdocimi (1989: 1347): «Per definizione, quando si crea una scrittura, i valori [sc. delle lettere] sono attribuiti dal punto di vista della lingua che dà (maestri) non di quella che riceve».

5.1.1. *Sustitución fonica* en el sentido más estricto: un sonido de L₁ se oye y se realiza como otro parecido de L₂ sin que las oposiciones fonológicas se vean afectadas: p.ej., un español oye y, por consiguiente, reproduce las alveolares inglesas /t, d, n, l/ como sus dentales /t̪, d̪, n̪, l̪/; a la inversa, para un hablante de hindi, donde las dentales /t̪, d̪/ contrastan con las retroflexas /ʈ, ɖ/, las alveolares inglesas se asocian a estas últimas (Hock 1986: 393–394): ingl. *tin* [t̪ɪn] > hindi [ʈi:n].

5.1.2. *Reinterpretación de rasgos*: Una oposición fonológica de L₂ se trasponde a otra oposición también fonológica de L₁. Un caso citado repetidamente en la bibliografía es el de la adaptación de las oclusivas y fricativas sordas del inglés en hindi y otras lenguas de la India (Wells 1982: 627–628; Hock 1986: 393–394; Allen 1987: 23): ingl. /p, t, k/ se identifican con las oclusivas /p̪, t̪, k̪/ del hindi en todos los contextos (pese a que en inglés existen [p^h, t^h, k^h] aspiradas como alófonos contextuales); por contra, las fricativas /f, θ/, inexistentes en el sistema fonológico del hindi, se adaptan como oclusivas aspiradas: cf. ingl. *proof* [p^hru:f] > hindi [pru:ph], *thermos (bottle)* ['θɔ:məs] > [ṭharmas], etc.²⁰

5.1.3. *Hipodiferenciación de fonemas (under-differentiation of phonemes)*: Si una distinción entre dos sonidos próximos es fonológica en L₂, pero no en L₁, el hablante de L₁ tendrá dificultad para captarla («sordera fonológica»): un hablante de español (castellano) tarda en oír la diferencia entre las oclusivas /b̪/, /d̪/ y las fricativas /v̪/, /ð̪/ del inglés y del griego moderno, pese a que estas últimas existen en su propia lengua como alófonos de /f/ y /θ/: cf. *afgano* [av̪'yan̪o], *juzgo* ['xuð̪yo], *juez de paz* ['xwe(ð̪)ðe'paθ̪].

5.1.4. *Hiperdiferenciación de fonemas (over-differentiation of phonemes)*: Este fenómeno, que es el que aquí nos importa, se da en la situación diametralmente opuesta a la anterior. Cuando dos sonidos contrastan fonológicamente en L₁, pero son simples variantes contextuales en L₂, el hablante de L₁ interpretará como fonológica la variación alofónica de L₂ («hiperestesia fonológica»). Por ejemplo, los húngaros, en cuya lengua las oclusivas palatales son fonemas, consideran distintiva la palatalidad alofónica de fr. /t/, /d/, /k/, /g/ ante /i/, /j/, /y/ en, p.ej., *tirer*, *Dieu*, *qui*, *gui*, *tu*, etc. (cf. Fónagy 1989: 232–238).

²⁰ La aparente paradoja de que ingl. [p^h], [t^h], [k^h] no se adapten como aspiradas se explica por el hecho de que la aspiración puramente alofónica es menos intensa, produce menor turbulencia acústica y es, por tanto, también menos perceptible que la aspiración fonológica de /ph/, /th, kh/ del hindi, aspiración muy intensa por polarización frente a los fonemas oclusivos no aspirados. Por otro lado, la mayor turbulencia de ingl. /f, θ/ es el rasgo que permite asociarlas a las aspiradas del hindi (Hock 1986: 393–394).

En los tres primeros supuestos la interferencia se traslucen necesariamente en un «acento extranjero» del hablante de L_1 . En el caso de la hipodiferenciación, este acento puede llegar a impedir la comprensión por parte de los hablantes nativos de L_2 . Por el contrario, la hiperdiferenciación puede pasar desapercibida si los fonemas de L_1 coinciden exactamente con los alófonos de L_2 .

5.2. Centrándonos en el problema de la Ω, las soluciones propuestas constituirían una flagrante violación de lo que parece normal en el tercer supuesto (§ 5.1.3) por cuanto que los griegos habrían sido capaces de percibir en fenicio una oposición entre una /k/ velar y una /q/ uvular que no existía en su propia lengua materna.

Por regla general, los helenistas tienden a atribuir a los griegos todo el mérito de la adaptación de la escritura fenicia y a asignar a los fenicios un papel de «convidados de piedra». Evidentemente esta concepción es simplista. No podemos imaginar a un griego tratando de desentrañar por sí mismo los misterios de la escritura fenicia como si se tratara de un Michael Ventris *avant la lettre*. Aunque la situación no fuese tampoco equiparable a la de Edward Sapir esforzándose por que sus informantes nativos escribiesen sus respectivas lenguas, en el proceso de transferencia del alfabeto fenicio hay que contar necesariamente con un(os) *instructor(es)* fenicio(s) que enseñaro(n) a leer y a escribir a un griego o a un grupo de griegos. Es natural que este *instructor* filtrase a través de sus oídos fenicios los sonidos que pronunciaban sus *discípulos* griegos. Obviamente, el papel del *instructor* fenicio en la adaptación del alfabeto fenicio al griego puede haberse reducido a tomar al dictado una serie de palabras griegas que él ni siquiera entendía.

Extrapolando al antiguo fenicio un hecho observado en las lenguas semíticas actuales (Grammont 1939: 215; Trubetzkoy 1949: 147), podemos suponer que la oposición fonológica entre /k/ y /q/ se encontraba reforzada por toda una serie de fenómenos fonéticos concomitantes. Por un lado, para aumentar el margen de seguridad con la uvular /q/ (notada con el signo *kōp*), la «velar» /k/ (notada con el signo *kap*) tendería a realizarse como una dorso-palatal [c].²¹ Por otro, se sabe que la uvular /q/ y la articulación enfática de las consonantes alteran de forma muy perceptible el timbre de las vocales vecinas.²²

²¹ Para los efectos de la [t] uvularizada en latín sobre las vocales precedentes, cf. n. 9. También la [t] del inglés del sur de los Estados Unidos produce un retraso del punto de articulación de las vocales: las vocales anteriores se centralizan (/i/, /e/, /æ/ → [i], [ɛ], [æ]); las posteriores, /a/, /ʌ/, /u/ tienen una articulación muy retrasada (Wells 1982: 550).

²² El manual de Friedrich y Röllig (1970) no da ninguna indicación en este sentido. A primera vista, el hecho de que en fecha más reciente, la /k/ de los préstamos del griego y del latín se identifique con /q/ en las lenguas semíticas occidentales (Friedrich y Röllig 1970: § 37)

En el árabe literario actual /a/ tiende a realizarse como [æ] o [ɛ] en circunstancias normales, pero como [a] o incluso [ɔ] en contacto con /q/ y las enfáticas.²³

En tales circunstancias, es normal que los fenicios no oyeron de manera uniforme las realizaciones de la /k/ velar griega: por hiperdiferenciación, la consonante de [k̪i(:), k̪e(:), ka(:)] en la pronunciación de sus *alumnos* griegos se identificaba con la /k/ fenicia (fonéticamente [c]),²⁴ a la inversa, en las secuencias [ko(:), ku(:)] pronunciadas por un griego, la falta de todo indicio de palatalidad tanto en la articulación de la consonante como en la de la vocal, haría que la /k/ se asociase con la /q/ fenicia.²⁵ Desde la errónea óptica del hablante fenicio, los pseudofonemas /k/ y /q/ del griego tendrían una distribución defectiva puesto que no se daban secuencias equiparables a fen. /ko:/, /ku(:)/ ([co:], [cu(:)]) y /qe:/, /qi(:)/.²⁶

podría parecer prueba a favor del carácter palatal de la /k/ semítica. Bien mirada, esta correspondencia no tiene nada que ver con el punto de articulación: las aspiradas griegas /p^h, t^h, k^h/ se identifican con las oclusivas simples semíticas y viceversa; las oclusivas simples griegas /t/ y /k/ se corresponden con /t, q/ semíticas. Incidentalmente, la /q/ semítica suele a veces considerarse una /k/ enfática. En realidad, la /q/ uvular forma parte de la serie de las enfáticas (consonantes uvularizadas y faringalizadas: *sc.* con retracción de la raíz de la lengua, cf. Catford 1977: 193) por la misma razón que una *k* palatal (*sc.* /c/) forma parte de la serie de las palatalizadas en las lenguas que conocen la palatalidad como articulación secundaria, fonológicamente distintiva. Para el vocalismo fenico, cf. n. 24.

²³ Curiosamente Weinreich (1957: 9) ejemplifica el fenómeno de la *reinterpretación de rasgos* con una hipotética interferencia por la que, al oír [ak], [aq] en árabe (fonológicamente /ak/ vs. /aq/), un francés puede reinterpretar la oposición entre las oclusivas sordas velar y uvular en árabe como una oposición en el punto de la articulación de la vocal análoga a la que diferencia *patté* (/pat/) de *pâte* (/pat/).

²⁴ Es posible que los *discípulos* griegos hablaran un dialecto con siete vocales largas y distinguiesen /e:, o:/ cerradas de /ɛ:, ɔ:/ abiertas. Para lo que aquí se trata podemos prescindir de tal complicación. Por su parte, los fenicios tenían un sistema de diez vocales (cuatro breves /i, a, u, ə/ y cinco largas /i:, e:, a:, o:, u:/). Las largas /e:/ y /o:/ resultan de la contracción de protosem. *aj, *aq y de la evolución protosem. *ā > canaan. /o:/ (Friedrich y Rölling 1970: §§ 70–72, 79). Existen razones para pensar que /a/ breve tenía a una pronunciación palatal [æ] y que, por el contrario, la articulación de /a:/ larga (de origen secundario) era marcadamente velar (Friedrich y Rölling 1970: §§ 74–75, 80). Este hecho acentuaría a oídos fenicios al carácter «palatal» de gr. [ka:].

²⁵ El hecho de que los nombres de las letras *kap* (χάππα) y *qōp* (Φόππα) incluyesen respectivamente las vocales [a] y [o(:)] pudo ser un factor adicional a favor de que en griego se impusiese la distribución de κ y ο. Pese a ello, *pace* Schwyzter (1939: 143) y Wachter (1987: 17), este no puede haber sido el factor determinante. Por un lado, a pesar a su nombre fenicio (τέτ), θ no se adoptó como alógrafo de τ (τάω) ante /e(:)/. Por otro, el mero hecho de haber extendido el uso de κ de /ka(:)/ a /ke(:)/ ki(:)/ y el de ο de /ko(:)/ a /ku(:)/ indicaría por sí solo que los griegos eran capaces de percibir los alófonos.

²⁶ Es evidente que esta convención gráfica no puede ser anterior a la adopción de los signos 'ālep, bē', wāw, yōd y 'ayin como notaciones de las vocales griegas. Pero estas notaciones no

En definitiva, la regla que regía la distribución de *x* y *Ω* en la escritura griega tenía sentido al oído de un hablante fenicio. Para un hablante griego, en cambio, *x* y *Ω* eran alógrafos contextuales como lo son *σ* y *ζ* en la ortografía actual.²⁷ La norma ortográfica de *x* y *Ω* era tan convencional como la que en español actual establece – consideraciones históricas aparte – que /θ/ se escriba, casi sin excepción, como ⟨c⟩ ante ⟨e⟩, ⟨i⟩ (*cero, cita*), pero como ⟨z⟩ ante ⟨a⟩, ⟨o⟩, ⟨u⟩ (*zapato, zorro, zurrón*) y en final de sílaba (*perdiz, gozne*), o que /k/ aparezca como ⟨qu⟩ en *que, qui* (*quemar, química*), pero como ⟨c⟩ en otros contextos (*casco, cuco, credo, clima, acto*).

La conclusión a la que llega Schulze (1904: 46, n. 4) a propósito del nombre de las letras latinas CE, KA, QV («*Tiefere lautphysiologische Gründe darf man... gewiss nicht suchen wollen*»),²⁸ es perfectamente válida para el problema de *x* y *Ω* en griego.

fueron tampoco invención exclusiva de los griegos. Estos no hicieron más que sistematizar y generalizar el uso de las *matres lectionis* que ya existía – aunque con alcance limitado – en la escritura semítica. Nótese, por otro lado, que no hay constancia documental de que la escritura puramente consonántica al estilo semítico se haya utilizado alguna vez en Grecia: así en un texto tan antiguo como la famosa inscripción de la *oinochos* del Dipilón, CEG 432 (cmed. s. VIII?) se lee *hoē vuv opχεστōv παντōv...* y no † *hc vv ρχσtv πνtv...* *vel simile* con «fuga de vocales». Las grafías con valor silábico estudiadas por Wachter (1991) se explican por acronimia a partir del nombre de las letras – p.ej., ⟨h⟩ con valor [he(:)], sílaba inicial del nombre de la letra *bē̄ta* – y no por una pervivencia de los hábitos semíticos.

²⁷ Hay que reconocer que nuestro *instructor* tuvo más éxito en su empeño que Sapir: «It is exceedingly difficult, if not impossible, to teach a native to take account of purely mechanical phonetic variations which have no phonetic reality for him. The teacher... who unconsciously... tends to project the phonetic valuations of his own language in what he hears and records of the exotic one may easily befuddle a native» (1933: 48).

²⁸ Algunos autores (Lejeune 1957: 96; Leumann 1977: § 8; Sampson 1985: 108) deducen de esta distribución que los latinos – que habrían estado dotados de un oído todavía más fino que el de los griegos – distinguían tres alófonos distintos de /k/ (anterior, central y posterior) condicionados por el contexto vocalico. Parece, sin embargo, más verosímil que se trate una vez más de una distribución convencional de alógrafos importada de la Etruria meridional (Schulze 1904: 461–462; Wachter 1987: § 8). Como observa este último autor (p. 16), no deja de resultar curioso que las grafías arcaicas QV, QO (/ku, ko/) desaparecieran en favor de CV, CO y no de KV, KO. Si la distribución de los alógrafos hubiese respondido a criterios fonéticos, se habría esperado que Q hubiese cedido el puesto a la letra que supuestamente representaba un alófono más cercano. En realidad, las excepciones a la presunta regla son numerosísimas tanto en territorio etrusco como en territorio latino. Un análisis de los documentos latinos más antiguos revela que la norma no se respeta ni en la fibula de Preneste, CIL I² 3 (éca. 670?), ni (*pace* Wachter 1987: 67; Prosdocimi 1989: 1361) en el cipo del Foro, CIL I² 1 (és. VIII?; cf. Eichner 1988–1990: 222, n. 31), ni en el vaso de Duenos, CIL I²⁴ (ica. 600–550?), donde está claro que Q vale /kʷ/ (QOI = clás. *qui*) y que C representa, según los casos, la sorda /k/ (COSMIS = *comis*, PACA = *pācā*, FECED EN = clás. *infecit*) o la sonora /g/ (VIRCO = *uirgo*); cf. Eichner (1988–1990: esp. n. 29). En estas circunstancias, ¿no cabe preguntarse si realmente dicha norma alguna vez rigió en la escritura latina? Como se sabe, la norma ortográfica clásica (C = /k/, QV = /kʷ/, G = /g/) está motivada fonológicamente.

Como señala Jeffery (Jeffery y Johnston 1990: 22), lo normal en los procesos de transmisión de una escritura es que, en el momento inicial, el sistema gráfico de la lengua donante se acepte con fidelidad ciega. Irónicamente, las innovaciones se deben más a la mala comprensión de los sonidos de L_2 (p.ej., la sílaba inicial de la letra 'ālep [a:] sonaba a oídos griegos como [a:] y, en consecuencia, tomó el valor de /a(:)/ que a un esfuerzo consciente de mejorar el sistema mediante la adición, alteración y eliminación de signos. El conservadurismo propio de los sistemas ortográficos explica por qué los griegos mantuvieron hasta fecha tan avanzada una regla que no tenía ninguna base fonética – y, menos todavía, fonológica –, pero era, a cambio, muy fácil de aprender y aplicar.²⁹

Se citan otros casos de notación alofónica en situaciones de bilingüismo. Por ejemplo, la ortografía del aimará en Bolivia incluye los signos vocálicos ⟨e⟩ y ⟨o⟩, pese a que [e] y [o] no son más que alófonos predecibles a partir del contexto morfológico. La adopción de estos dos signos revela un deseo de equiparar la ortografía del aimará a la del español, lengua con prestigio sociocultural en la zona (Coulmas 1989: 227; la referencia a un trabajo de Andrée F. Sjoberg está equivocada). Sin duda, fue un hablante de español el primero en *oír* tales sonidos.

Un lector anónimo de *Kadmos* me manifiesta sus dudas sobre el papel excesivamente destacado que otorgo a los fenicios en el proceso de transmisión del alfabeto. A su juicio, sería preferible pensar en un griego que hubiese aprendido a escribir fenicio y que, luego, hubiese adaptado por propia iniciativa el sistema de escritura a su lengua materna. Este adaptador del *Uralphabet*, una vez convenientemente instruido sobre cómo usar ς y Φ en fenicio, habría aplicado la distinción al griego.

Tal reconstrucción de los hechos – perfectamente plausible – no me parece que difiera en ningún aspecto esencial de la que yo he expuesto

²⁹ Aunque, como puede verse, mis premisas coinciden con las de Prosdocimi (1989), nuestras conclusiones divergen en puntos sustanciales. Para Prosdocimi el uso de C, K, Q en la escritura etrusca no es una innovación autóctona, sino probablemente una norma introducida por los «maestros» griegos («l'attribuzione di valore della varietà di [k] davanti al fono palatale e dovuta a sensibilità greca») De igual forma, el uso de ς y Φ en Grecia habría que atribuirlo a «sensibilidad semítica». Pero, *pace* Prosdocimi, me cuesta creer por las razones ya expuestas que, una vez adiestrados por sus «maestros», los griegos hubieran sido capaces de captar las diferencias fonéticas que reflejaban ς, Φ e inculcárselas a sus discípulos etruscos. Sorprende, por otra parte, que los griegos oyeron en una lengua extranjera como el etrusco, donde la alternancia gráfica es triple (C, K, Q), matices fonéticos a los que no eran sensibles a la hora de escribir su propia lengua. Por último, la sonorización de /k/ en [g] ante vocal palatal con que Prosdocimi pretende explicar el uso de C ante E, I en etrusco, no parece un proceso fonético plausible.

más arriba. El que las interferencias entre fenicio y griego hayan surgido en el intercambio *entre* hablantes de las dos lenguas o *dentro* de una única persona – desgraciadamente estamos condenados a movernos en el terreno de la especulación – no afecta al núcleo de la cuestión. El hecho verdaderamente importante y que se mantiene incontrovertible también en esta hipótesis alternativa, es que el uso de Ω encuentra explicación en la fonología del fenicio y *no en la del griego*: por así decirlo, el oído del Mr. Hyde fenicio que llevaba dentro el *protoadaptador* se impuso sobre el de su Dr. Jekyll griego.³⁰ Por las razones expuestas más arriba (§ 2), resulta increíble que un griego de una región periférica como, pongamos por caso, Lócride, que jamás había entablado contacto con fenicios, escribiese *επιΦοιΩους* con Ω, pero *hάπιΦοικια*, *Φοικεοντος*, *ανανκας* con Ω, con la *intención* consciente de representar dos variantes contextuales de /k/ que, de creer la explicación tradicional, percibiría como distintas.

5.3. Un indicio a favor de que el uso de Ω en griego es una cuestión puramente ortográfica lo proporcionan las notaciones Ωpo, Ωλο, etc., a las que he hecho referencia más arriba (§ 2).

Parece haber acuerdo unánime en que dichas notaciones son convencionales y sin motivación fonética directa. Con toda probabilidad Ωpo, Ωλο, etc. son una consecuencia del método con que se enseñaba a leer y escribir a los niños en la Antigüedad. Si bien las noticias que han llegado hasta nosotros (Marrou 1959: 210–212; Lejeune 1989: 1288–1289) corresponden al período clásico y helenístico cuando hacía tiempo que Ω ya había dejado de usarse, no cabe imaginar que los métodos de enseñanza fueran radicalmente distintos durante la época arcaica. Tampoco hay por qué pensar en métodos muy diferentes para el «programa de alfabetización de adultos» que se realizó en el proceso de difusión de la escritura alfábética.

Tras haber aprendido de memoria a recitar al alfabeto y haberse familiarizado con los nombres de las letras, el niño comenzaba a leer las sílabas más sencillas, las de estructura CV: βα, βε, (βη), βι βο, βυ, (βω), etc.³¹ Con la letra

³⁰ Cf. también Prosdocimi (1989: 1347) saliendo al paso de una posible objeción del mismo tipo: «L'esistenza di bilinguismo non cambia l'angolazione perché l'eventuale bilingue che opera l'adattamento ha appreso *prima*, sempre per definizione, l'alfabeto dei maestri, secondo la tradizione di insegnamento dei maestri, cioè secondo la loro sensibilità linguistica» (cursiva original).

³¹ Estructuras de este tipo son las que conforman los silabarios (*sc. listas de signos alfábéticos formando sílabas*) de época antigua que se nos han conservado (cf. Prosdocimi 1990: 1342–1346 sobre los silabarios etruscos). Es evidente que las estructuras CV forman la espina dorsal de los sistemas de escritura silábica. Los silabogramas de estructura «compleja» CCV o (C)VC desempeñan un papel secundario, cuando no francamente marginal, en los sistemas

η se podían formar κα, κε, (κη), κι, pero no τχο, τχυ, (τχω). Para estas secuencias quedaba reservada la letra Ω: Ωο, Ωυ, (Ωω).

Una vez dominadas las estructuras silábicas más sencillas, el alumno estaba ya en condiciones de pasar a otras más complejas: CCV, CVC, CCVC, CVCC, etc. Por lo que se refiere a /k/, puesto que las sílabas *básicas* /ko/, /ku/ (jón.-át. /ky/) se escribían con Ω, la lógica del sistema de aprendizaje imponía que lo mismo debía hacerse con las sílabas *derivadas* /kro/ Ωpo, /kru/ (jón.-át /kry/) Ωpu, /klo/ Ωλο, /klu/ (jón.-át./kly/) Ωλυ, que eran tautosilábicas en la mayor parte de los dialectos. El principio se podía aplicar a otras secuencias (/ktV/, /knV/, /ksV/) que, aunque heterosilábicas en interior de palabra (ἐκτός [ek.tós]) y en fonética sintáctica (τὸ κτύπημα [tok. tú-]), eran obligadamente tautosilábicas en posición inicial absoluta: κτύπημα, Κνωσός, κνύω, ξόανον, ξύλον, etc. Las notaciones Ωτο, Ωτυ, Ωνο, Ωσο, etc. se explican por la extensión arbitraria de tal posibilidad de silabación a otros contextos: beoc. λεΩτοι [le.ktoj], cret. ΠριΩσος [p^hri:.ksos].³²

6. El valor fonético de υ en Jónico-Ático

La conclusión alcanzada a propósito de Ω abre una nueva perspectiva para otra *vexata quaestio*: el valor fonético de la letra υ en los dialectos del grupo jónico-ático.

Desde el siglo pasado se viene reiterando (Kretschmer 1894: 68; Larfeld 1907: 364; Schwyzer 1939: 143; Buck 1955: § 24 a; Lejeune 1972: §§ 252, 320; Allen 1987: 67, n. 11) que, frente a lo que es norma habitual en otras áreas, en las inscripciones jónicas y áticas el signo Ω se usa únicamente en las secuencias con vocal /o(:)/: Ωο, Ωρο, Ωλο, etc. Las combinaciones con υ (Ωυ, Ωρυ, Ωλυ, Ωνυ) estarían proscritas toda vez que en jónico y en ático la antigua /u(:)/ había tomado una articulación anterior /y(:)/ incompatible con el hipotético valor fonético [k] atribuido a Ω.

en que aparecen, son raros y no suelen formar series sistemáticas: cf. mic. *dwe, dwo, twe, two, nwa, pte*, etc. chigr. *xa, xe*; frente a serie completas como *da, de, di, do, du*.

³² Vennemann (1988: 32) formula este principio («Law of Initials») en los siguientes términos: «Word-medial syllable heads are the more preferred, the less they differ from possible word-initial syllable heads of the language system». Sobre el papel que desempeña esta silabación *ortográfica* tanto en las escrituras silábicas como alfabeticas griegas, vid. Morpurgo Davies (1987). Señalemos de paso que en Δι (*sic*) Ωπονιόνι, CEG 362 (Cleonas, cca. 560?), la silabación *fonética* [di.ik.ro^o] que deducimos de la métrica, no coincide con la silabación *ortográfica* [di.i.kro^o] que presupone el uso de Ω.

En contraste con ello, las grafías Ωυ, Ωλυ, atestiguadas en colonias calcídicas de la Magna Grecia ($\lambda\bar{e}\vartheta\bar{\omega}\sigma\varsigma$, IG XIV 865, Cumas, c.675–650?; Ωλυτό (= Κλυτώ), SGDI 5296, ΩυΩνυς (= Κύκνος), SGDI 5300, Ωλυτιος, Kirchhoff⁴, p. 127, nº 7, vasos calcídicos, c.550–510?; ΑρΩνλēς, IG XIV 596, patera, or. inc., c.ca. 500?) demostrarían que en la variedad jónica de Eubea /u/ breve y /u:/ larga habrían mantenido la articulación posterior heredada del proto-griego.

Esta inferencia encontraría corroboración en otros dos hechos (cf. ya Blaß 1888: 38–39, Bechtel 1924: 33; Schwyzer 1939: 182, etc.). Por un lado, las formas *hυπu*, (2 × = át. ὑπό, ὕπεστι), IG XIV 871 (Cumas, c.525–500?) y la ya citada ΩυΩνυς, SGDI 5300, con una u en lugar de la *omicron* esperable. Los estudiosos no han alcanzado un acuerdo sobre cómo debe explicarse el fenómeno. Para unos (p.ej., Buck 1955: § 22 d; Lejeune 1972: § 320; Barrio Vega 1990: 176), hay asimilación al timbre [u] de la primera sílaba. Bechtel (1924: 33) y Bartoněk (1963: 33–34) prefieren hablar de un cierre /o/ > /u/ en sílaba final. Dubois (en prensa) pone en relación las formas citadas con dos genitivos en sendas inscripciones de Regio (Ρεγίνυ, Guarducci, EG I, pp. 230–231, lámina de bronce, ca. 475–450); Γλαυκιος,³³ SGDI 5278, bola de cerámica inscrita, ca. 475–450), y concluye que en el euboico colonial de Magna Grecia, tanto /o/ breve como /o:/ larga cerrada tendían al cierre.³⁴ Sea como fuere, el uso del signo u en los casos citados se explica mejor admitiendo un valor fonético /u(:)/.

Con todo, seguramente no es lícito generalizar el alcance de estos datos y extrapolarlos al dialecto de la metrópoli. Como señala Barrio Vega (1990: 178; 1991: 21–22), los testimonios señalados probarían a lo sumo que a mediados del siglo VIII, fecha de fundación de las colonias calcídicas más antiguas, /u(:)/ no había pasado todavía a /y(:)/ en el dialecto de la metrópoli, donde el cambio se habría podido producir en fecha posterior. En teoría, esta solución sería posible, pero, dado que la pronunciación /y(:)/ es un rasgo característico del jónico minorasiático y del ático, mientras no haya hechos que excluyan tal posibilidad, parece más razonable situar la evolución /u(:)/ > /y(:)/ en una época anterior a la fragmentación del grupo. Veremos más abajo (§ 7.2.3) que la aporía es aparente y que existe otra solución capaz de dar cuenta de los datos de las colonias calcídicas del sur de Italia.

El segundo argumento que se esgrime a favor del mantenimiento de la articulación posterior de protogr. /u(:)/, lo proporcionaría la pronunciación

³³ Seguramente con una desinencia -ou tomada de la flexión temática como át. Γλαυκιου.

³⁴ Barrio Vega (1990: 178) piensa que la u de estos genitivos «sería un intento de reflejar la diferencia de abertura entre la /o/ larga abierta y la /o/ larga cerrada». Pero cabe preguntarse qué ventajas reportaba una solución que no diferenciaba /o(:)/ y /u(:)/ (o, para el caso, /y(:)/).

[u] en los topónimos ['kumi], ['stura] (las antiguas Κύμη y Στόρα) en el dialecto local de Eubea.

7. ¿Que prueban los argumentos a favor de una pronunciación /u(:)/?

Si los argumentos aducidos fuesen correctos, no tendríamos más remedio que dar la razón a los partidarios de la doctrina tradicional y admitir a regañadientes que, pese a las dificultades expuestas en el § 3, χ y φ notan efectivamente distintos alófonos de /k/ condicionados por el punto de articulación de la vocal siguiente. Sin embargo, en cuanto se examinan los hechos desde más cerca, es fácil darse cuenta de que toda la argumentación descansa sobre cimientos poco firmes.

7.1. Por lo que se refiere a los testimonios de φ en el dominio jónico-álico, los datos que se nos suelen ofrecer están manifiestamente sesgados. No es de ningún modo cierto que las grafías φu , $\varphi \lambda u$ se documenten única y exclusivamente en textos euboicos. Desde hace tiempo se conocen ejemplos en inscripciones procedentes del Atica y del área jónica de Asia Menor.

Para el álico, Threatte (1980: 21–23) cita Κωνσταντίνος (= Κυλλήνης) sobre una ánfora ática de figuras negras, J. D. Beazley, ABV, p. 96, grupo tirreno nº 14 (ca. 570) y Φυκλοσγλεμύδο, Kretschmer, 1894, p. 100. Especial importancia tienen dos testimonios en sendos *graffiti* del Agora: Φυδιμάχ[ος], M. Lang, Agora XXI, p. 18, D 12 (600–575) y el ya mencionado Φυτ[ρας] (= ἔχύτρας?) ibid., p. 86, K2 (s. VI).

En Jonia se atestiguan las formas ληφυθος, G. Petzl, ISm. II 1, nº 799, 2 Esmirna, s. VI), Φυλιχνη, ibid. nº 800, 2 (Esmirna, ¿fin. s. VI?) y Φυλικα, BSA 47 (1952), 159ss. (Quíos, éca. 600?).³⁵

No sirve deshacerse de estos incómodos datos mediante el fácil expediente de atribuírselos a hablantes de otros dialectos (Threatte 1980) o de retrasar a conveniencia la fecha del proceso /u(:)/ > /y(:)/ (Hoffmann 1898: 286 para el jónico; Bartoněk 1963; Threatte 1980; Allen 1987: 67, n. 11 para el álico; Barrio Vega 1991 para el eubeo).

Como observan con acierto Bartoněk (1963: 32) y Barrio Vega (1991: 117), los testimonios de χu que se citan para el álico, no son probatorios puesto que los más antiguos se registran en fecha relativamente tardía cuando también φo está cediendo ante χo : así, Κυνοπτές y σκυλειει aparecen respectivamente en el Vaso François pintado por Clitias, J. D. Beazley, ABV, p. 77, Kleitias nº 1 (ca. 570) y en otro vaso atribuido al mismo pintor, ibid. p. 77,

³⁵ Para la fecha de esta inscripción, cf. Jeffery y Johnston (1990: 377).

Kleitias nº 4 (ca. 570), pero el propio Vaso François atestigua ya una vacilación entre Ωo (Ωοραχς) y xo (Κορόνις, Χαρικλό, θακας).

La escasez de ejemplos de Ωu en los textos áticos y jónicos frente a la relativa abundancia de los de Ωo no es fortuita: estadísticamente, la frecuencia de /ku(:)/ es muchísimo más baja que la de /ko(:)/. El mismo desequilibrio se aprecia en textos de otros dialectos: así, la ley colonial de Caleo, IG IX 1² 718 (c.500–475?), exhibe 23 ejemplos de Ωo y 18 de Ωpo, pero ninguno de Ωu o Ωpu; en el decreto en favor de Espensitio, SEG XXVII 631 (c.Licto?, c.ca. 500?), se atestiguan siete ejemplos de Ωo y tres de Ωw contra uno solo de Ωu.

Si, como he intentado hacer ver en los apartados precedentes, Ω es un alógrafo convencional y no la representación gráfica de un alófono de /k/, la conclusión lógica es que Ω se escribiría ante u mecánicamente con independencia de que esta letra representase una /u(:)/ velar o una /y(:)/ palatal. Por consiguiente, los ejemplos de Ωu en las inscripciones jónicas y áticas no testifican en contra de la pronunciación /y(:)/ que – de acuerdo con todo tipo de indicios – había tomado protogr. /u(:)/ en estos dialectos.³⁶ Por la misma razón, la Ω de λεΩυθος, Ωλυτο, ΩυΩνυς, ΑρΩυλες no demuestra – aunque, conviene subrayarlo, tampoco refuta – que u representase una /u(:)/ velar en las colonias euboicas de la Magna Grecia. Por supuesto, contra lo que yo mismo (Méndez Dosuna 1985: 55) he defendido a propósito de locr. epiz. Ωυβαλλας (M. Guarducci, Klio 50, 1979, 133–138, c.600–550?), la inferencia de que «el signo *qoppa* prueba la articulación velar de la vocal siguiente» no es segura ni siquiera para los dialectos que no pertenecen al grupo jónico-ártico.

Para que no todo sean conclusiones negativas, nos podemos consolar con la idea de que, al menos, si mi hipótesis es correcta, contamos con un argumento para descartar que el alfabeto se introdujese en Grecia a través de territorio jónico – Eubea incluida – ya que presumiblemente la /k/ de jón. [ky(:)] no habría sonado a oídos de los fenicios como /q/.³⁷

7.2. Es mérito de Barrio Vega (1990: 176–177) haber puesto en entredicho la *theoria recepta*. Que la variedad jónica de Eubea experimentase el cambio

³⁶ Adviértase que estos testimonios no serían incompatibles con la explicación de Rosén – Brixhe (vid. § 4) puesto que en una secuencia /ky(:)/ la Ω representaría una [kʷ] con redondeamiento de labios inducido por la /y(:)/ adyacente.

³⁷ Es ilustrativo lo que sucede en los préstamos turcos en griego moderno donde, aunque /ø/, /y/ del turco se adaptan como /o/, /u/ (cf. *tüfek* > τουφέκι 'fusil', *türlü* > τουρλού 'plato de verduras variadas'), la palatalidad de una /c/ o /j/ precedentes se mantiene: *köse* > κιοσές 'imberbe', *küp* > κιούπι 'tarro', *güm* > γκιούμι 'jarra de metal'.

/u(:)/ > /y(:)/ como los otros dialectos de su grupo, es con toda probabilidad una hipótesis correcta, pero desde luego no por las razones que ella aduce.³⁸

Como viene sucediendo en todo el territorio griego desde el siglo pasado, en Eubea el dialecto local se encuentra en inminente peligro de extinción ante el imparable avance de la *koiné* neohelénica (estándar ateniense). En la actualidad, el dialecto ha dejado de hablarse en los núcleos urbanos y resiste malamente en el medio rural en el área de Cumas (Newton 1972: 14–15). Por idéntica situación pasan o han pasado los otros dialectos que con el de Cumas conforman el grupo al que Newton (1972) aplica la etiqueta de «ateniense premonárquico» (*Pre-Kingdom Athenian*): el amenazado maniota, el agonizante megarense, el difunto egineta y el dialecto hablado en Atenas hasta poco después de 1833, que da nombre al grupo.³⁹

Conviene advertir, de que, pese a lo que dan a entender algunos manuales, la pronunciación [u] para la antigua *u* es rasgo general de los dialectos del grupo «ateniense premonárquico» y no una peculiaridad circunscrita a los topónimos citados: cf. eub. de Cumas [θuya'tera], gr. mod. estándar θυγατέρα [θiya'tera] (Hatzidakis 1905: 384, Newton 1972: 21–22 y Mirambel 1929: 74–80 para el maniota). Ya a comienzos de este siglo las formas con /i/ de la *katharévousa* y de la *koiné* neohelénica comenzaban a desplazar en Eubea a las vernáculas con /u/: así había ya /i/ en ['sika] (σῦκα) pero todavía /u/ en los derivados σουκόφυλλα [su'kofila] y σουκέα [su'tsea] (estándar συκόφυλλα [si'kofila] y συκά [si'ca]). Análoga situación se aprecia hoy en Mégara.⁴⁰ Como ha sucedido con el resto del vocabulario, los topónimos

³⁸ Independientemente de que se acepte o no la brillante interpretación martinetiana de Ruipérez (1956) para los cambios /u(:)/ > /y(:)/ y /a:/ > /æ:/, la cuestión que plantea Barrio Vega de por qué los dialectos de la *Doris mitior* con un sistema vocálico de cuatro grados de abertura como el jónico-áctico no conocieron una evolución /u(:)/ > /y(:)/, es un pseudo-problema. El cambio lingüístico no es un fenómeno mecánico y compulsivo, sino que –en igualdad de circunstancias– depende crucialmente de la «voluntad» de una comunidad de hablantes. Las especulaciones de Barrio Vega (1990: 182) sobre un posible cambio /a:/ > /æ:/ en los dialectos de la *Doris mitior* resultan, en el mejor de los casos, indemostrables.

³⁹ Como se sabe, Atenas, hasta entonces un poblacho, se convirtió en esta fecha en la capital del nuevo estado griego. Esta circunstancia atrajo una avalancha de inmigrantes del Peloponésico y las Islas Jónicas que pronto impusieron su dialecto en detrimento del habla local.

⁴⁰ Ruijgh (1986: 466) sugiere la posibilidad de que la pronunciación [u] en Mégara y Egina sea un arcaísmo que se remonte a la antigua población de habla doria, pero está claro que tal explicación no sirve para Atenas y Eubea. Según Browning (1969: 133), el rasgo debería ponerse en relación con el hecho de que estos dialectos constituyan enclaves de habla griega dentro de una zona de población mayoritariamente albanesa. La hipótesis choca, sin embargo, con distintos hechos: (a) la colonización albanesa, promovida por los catalanes y venecianos que ocupaban la zona, data de finales del siglo XIV y comienzos del XV (Haebler 1965: 16–17); no parece probable que /y/ se conservase en fecha tan avanzada; (b) la evolución /y/ >

['kumi] y ['stura] han sucumbido en Eubea ante las formas correspondientes de la variedad de prestigio.⁴¹ Por lo tanto, el que sus habitantes llamen en la actualidad ['cimi] y ['stira] a las antiguas Κύμη y Στύρα, es, *pace* Barrio Vega (1990: 177), un dato irrelevante.

Aclarado este punto, es preciso añadir que, frente a lo que se supone tradicionalmente, las formas ['kumi] y ['stura] están muy lejos de constituir una prueba irrefutable a favor de las supuestas pronuncias [kú:me:], [stúra] en el euboico antiguo. Dado que también la u clásica aparecía como [u] en el ateniense moderno, aplicando la misma lógica nos veríamos forzados a concluir – contra toda evidencia – que Sócrates y Pericles pronunciaban /u(:)/ y no /y(:)/.

Aunque quizás menos frecuente que el desredondeamiento /y/ > /i/, la despalatalización /y/ > /u/ es también un proceso natural. Esta *regresión* al punto de partida puede crear la falsa impresión de que en Eubea el timbre [u] se ha mantenido inalterado desde el protogriego hasta nuestros días, pero los datos de los dialectos del «ateniense premonárquico» apuntan de modo inequívoco a una secuencia de cambios /u(:)/ > /y(:)/ > /u/ (cf. Newton 1972: § 2.1).⁴²

7.2.1. La pronunciación [u] se atestigua no sólo para los resultados de una antigua u, sino también para los del diptongo oi. Aquí una fase intermedia [y] es ineludible. Como paralelo puede servir la evolución de lat. arc. *oi* > ū en sílaba inicial a través de las etapas [oi] > [ø] > [ø:] > [y:] > [u:]; arc. *oino* > clas. *ūnum*, arc. *loidos* > *loedos* > clas. *lūdos*, arc. *coiraverunt* > *coeraveront* > clas. *cūraverunt*, gr. φοινικός > *pūnicus* (pero *Poenus*).

7.2.2. En todos los dialectos del grupo «ateniense premonárquico», las antiguas velares ς, γ y χ aparecen palatalizadas ante /u/ tanto si ésta procede de una antigua u como si se remonta a un diptongo oi: cf. gr. mod.

/u/ tuvo también lugar en maniota y tsaconio, dialectos en los que es impensable el influjo de un adstrato albanés; (c) el sistema de vocales de los propios colonos albaneses, hablantes de una variedad meridional (tosco), debía de incluir las vocales palatales redondeadas /y(:)/ breve y larga (> alb. mod. /y/) y, por lo tanto, no es verosímil que hubiesen encontrado dificultades a la hora de pronunciar una hipotética vocal del mismo tipo en griego; (d) en albanés, /y/ puede desredondearse en /i/ (Beci 1977); esta evolución se registra, p.ej., en el dialecto albanés de Salamina (Haebler 1965): *dy* > [di] '2, *dýzét* > [di'zet] '40' (cf. también en los préstamos: gr. μυλωνάς > [milo'naj]); no parece, en cambio, que se dé en ningún dialecto la evolución /y/ > /u/.

⁴¹ Cf., sin embargo, el topónimo ático Μαρόνι (*katharévousa* Ἀμαρόνιον, también con /u/) < Ἀμαρόνιον (Probonás 1986), denominación que sustituyó a la clásica de Αθμονία.

⁴² No parece casual que Thumb, experto también en dialectología neohelénica, omitiese los famosos topónimos euboicos en la primera edición de su conocido *Handbuch der griechischen Dialekte* (1909). Scherer introdujo una inoportuna referencia en su revisión de (1959: § 311.3).

estándar *κύκλος* ['ciklos], megar. mod. [tsuklos]; estándar *κοιμάμαι* [ci'mame] (clás. *κοιμᾶμαι*), megas. [tsu'mame]; estándar *γυναίκα* [ji'neka] (clás. *γυνή*), megas. [ju'neka]; estándar *χύνω* ['çino] (clás. *χέω*), megas. ['çuno]; estándar *χοῖρος* ['ciros] (clás. *χοῖρος*), megas. ['ciros]. Dado que una /u/ no puede palatalizar una velar, es preciso contar con una etapa /y/. Como es de esperar, las velares también se palatalizan ante una /i/: cf. clás. *ἐκεῖ* > megas. [e'tsi] (estándar [e'ci]), **κοκκίον* (dim. de clás. *κόκκος*) > megas. [ku'tsi] (estándar [ku'ci]), *Κυριακή* > megas. [tsurja'tsi] (estándar [cirja'ci]).⁴³ Por el contrario, no ha habido palatalización ante /u/ procedente de clás. *οὐ*, ni, como muestra el propio topónimo ['kumi] (no † ['tsumi]), en aquellos casos en los que el resultado /u/ (< gr. clás. *υ*) es panhelénico (Hatzidakis 1907: §§ 2–3, Newton 1972: 20): cf. *κυλλός* > *κουλλός*, *κολλύριον* > *κουλούρι*, *τολύπη* > *τουλούπα*.

7.2.3. Los hechos del «ateniense premonárquico» nos abren una vía que al parecer nadie parece haber explorado, para explicar los datos que apuntan a una pronunciación /u(:)/ en las antiguas hablas eubeas de la Magna Grecia (§ 6): parece verosímil que, adelantándose muchos siglos a lo que más tarde iba a ocurrir en la variedad neohelénica de la metrópoli, en las colonias calcídicas se haya producido una despatalización /y(:)/ > /u(:)/. No es descabellado pensar en un influjo de las lenguas itálicas indígenas o de las colonias dóricas del entorno.

8. Conclusión

En resumen, el uso de Ω en las inscripciones arcaicas responde a una convención introducida en la escritura griega por hablantes de fenicio. Estos, mediatisados por un sistema fonológico que conocía la oposición entre /k/ y /q/, malinterpretaron las variantes contextuales de /k/ en griego como dos fonemas diversos a los que, en consecuencia, asignaron representaciones gráficas distintas.

El uso de Ω ante υ no es un testimonio concluyente a favor del mantenimiento de la articulación velar de la /u(:)/ ni en jónico-ártico, ni en ningún otro dialecto. Ello explica por qué los testimonios de Ωυ se documentan en toda el área jónico-ártica y no sólo, contra lo que a veces se afirma, en el dominio eubeo. Los otros argumentos que se aducen a favor de la conservación de /u(:)/ en eubeo son manifiestamente falsos (los topónimos *Kumi*, *Stura*) o

⁴³ Análogas consideraciones obligan a postular una etapa intermedia /y/ entre υ, οι del antiguo laconio y la /u/ del tsaconio (Allen 1987: 67 con referencias): cf. *οκύλος* > [ʃfulos], *κοιμᾶμαι* > [tsu'mume]. Cf. también en los enclaves griegos del Sur de Italia (Rohlfs 1968: §§ 17 y 19): *κύριος* > bov., otr. [tʃuri] 'padre', *κοιμᾶμαι* > [tsu'mame] (alternando con un resultado /i/ en, p.ej., *λύκος* > bov., otr. [liko], *κοιλία* > bov. tʃilia]).

afectan sólo al dialecto de las colonias calcídicas en la Magna Grecia, donde parece razonable contar con una despalatalización /y(:)/ > /u(:)/ semejante a la que en fecha más reciente, tuvo lugar en el eubeo moderno y en los otros dialectos del grupo «ateniense premonárquico». No existe, pues, ningún impedimento para situar el cambio /u(:)/ > /y(:)/ en fecha previa a la fragmentación dialectal del protojónico-áctico.

Post-Scriptum

Una vez enviado este artículo para publicación, ha llegado a mis manos un nuevo e importante trabajo de Aldo L. Prosdocimi: *Insegnamento e apprendimento della scrittura nell'Italia antica*, en: M. Pandolfini, A. L. Prosdocimi (eds.), *Alfabetari e insegnamento della scrittura in Etruria e nell'Italia antica* (Firenze, Leo S. Olschki editore, 1990), pp. 155–301. En esta importante contribución, el autor retoma y desarolla con mayor amplitud y profundidad el problema de la adaptación del alfabeto griego a les lenguas autóctonas de la Italia antigua, que había tratado en Prosdocimi (1989). De especial interés para lo que aquí se ha tratado son las secciones 1.2.3. («I datori della scrittura: la prospettiva dei ‘maestri’», pp. 164–166), 2. «L’insegnamento dell’alfabeto come costruzione di sillabe», pp. 170–181), 4.3.1. «c/k/q en el alfabeto etrusco», pp. 210–212), 6.1. («Alfabeto latino», pp. 230–236, esp. pp. 232–234 sobre la alternancia gráfica entre C, K y Q). Se mantienen mis discrepancias con Prosdocimi en aspectos accesorios y mis puntos de coincidencia en las cuestiones de fondo (vid. nn. 19, 28, 29, 30, 31).

Referencias

- Allen, William Sidney. 1953: *Phonetics in Ancient India*. London / New York / Ontario, Geoffrey Cumberlege (Oxford University Press)
- Allen, William Sidney. 1962: *Sandhi. The Theoretical, Phonetic, and Historical Bases of Word-Junction in Sanskrit*². The Hague / Paris, Mouton.
- Allen, William Sidney. 1981: *The Greek Contribution to the History of Phonetics*, en: R. E. Asher, J. A. Henderson (eds.). *Towards a History of Phonetics*. Edinburgh, Edinburgh University Press.
- Allen, William Sidney. 1987: *Vox Graeca. A Guide to the Pronunciation of Classical Greek*³. Cambridge, Cambridge University Press.
- Barrio Vega, M^a Luisa del. 1990: Consideraciones sobre la evolución /ū/ > /ü/ del Jónico-Ático, a partir del análisis de algunas formas euboicas, *CFC* 24, 175–183.
- Bartoněk, Antonin. 1963: On the sources of the origin of the Attic-Ionic changes ā > ā̄ and ū > ü (*sic*), en: L. Varcl & R. F. Willetts (eds.). *ΓΕΡΑΣ. Studies Presented to George Thompson on the Occasion of His 60th Birthday*. Praha, University Karlova, 27–39.

- Baudouin de Courtenay, J. 1895: Versuch einer Theorie phonetischer Alternationen. Strasbourg, Trübner.
- Bechtel, Friedrich. 1924: Die Griechischen Dialekte. 3. Band. Der ionische Dialekt. Berlin, Weidmannsche Buchhandlung.
- Beci, Bahri. 1977: De l'origine et de l'ancienneté du phonème ū en albanais, en: Hermann M. Ölberg (Hg.), Akten des internationalen albanologischen Kolloquiums Innsbruck 1972 zum Gedächtnis an Norbert Jokl. Innsbruck, 28. September bis 3. Oktober 1972. Innsbruck, Innsbrucker Beiträge zur Kulturwissenschaft. 286–302.
- Bernal, Martin. 1990: Cadmean Letters. The Transmission of the Alphabet to the Aegean and Further West before 1400 B.C. Winona Lake, Eisenbrauns.
- Bhat, D.N.S. 1978: A general study of palatalization, en: J. Greenberg *et al.* (ed.) Universals of Human Language. Vol. 2 Phonology. Stanford, Stanford University Press. 47–92.
- Bile, Monique. 1988: Le dialecte crétois ancien. Étude de la langue des inscriptions. Recueil des inscriptions postérieures aux IC. Athènes, École Française d'Athènes.
- Blaß, Friedrich. 1888: Die Aussprache des Griechischen³. Berlin, Weidmannsche Buchhandlung.
- Brixhe, Claude. 1991: De la phonologie à l'écriture: quelques aspects de l'adaptation de l'alphabet cananéen au grec, en: Cl. Baurain, C. Bonnet, V. Krings (eds.), Phoinikeia grammata. Lire et écrire en Méditerranée (Actes du Colloque de Liège, 15–18 novembre 1989), Liège / Namur, Société des Études Classiques. 313–356.
- Browning, Robert. 1983: Medieval and Modern Greek². Cambridge, Cambridge University Press.
- Chaniotis, Angelos. 1989: Some more Cretan names, ZPE 77, 67–81.
- Coulmas, Florian. 1989: The Writing Systems of the World. Oxford, Blackwell.
- Derwing, Bruce L. y Maureen L. Dow. 1987: Orthography as a variable in psycholinguistic experiments, en: Philip A. Lueisdorff (ed.), Orthography and Phonology. Amsterdam / Philadelphia, John Benjamins. 171–185.
- Derwing, Bruce L., Terrance M. Neary y Maureen L. Dow. 1986: On the phoneme as the unit of the 'second articulation', Phonology Yearbook 3, 45–69.
- Donegan, Patricia J. y David Stampe. 1979: The Study of Natural Phonology, en D.A. Dinssen (ed.), Current Approaches to Phonological Theory. Bloomington, Indiana University Press. 126–173.
- Dressler, Wolfgang U. 1985: Morphonology: The Dynamics of Derivation. Ann Arbor, Karoma Publishers.
- Dubois, Laurent. En prensa: Les vases chalcidiens. Problèmes dialectologiques, Actas del II Congreso Internacional de Dialectología Griega, Miraflores (Madrid), Junio 1991.
- Eichner, Heiner. 1988–1990: Reklameimben aus Roms Königszeit (Erster Teil), Die Sprache 34, 207–238.
- Emeneau, M. B. 1946: The nasal phonemes of Sanskrit, Language 22, 86–93.

- Fónagy, Ivan. 1989: *Le français change de visage?*, RRo 24, 225–254.
- Friedrich, Johannes y Wolfgang Röllig. 1970: *Phönizisch-Punische Grammatik*. Roma, Pontificium Institutum Biblicum.
- Gallavotti, Carlo. 1975–1976: *Scritture arcaiche della Sicilia e di Rodi*, Helikon 15–16, 71–117.
- Grammont, Maurice. 1939: *Traité de phonétique* (deuxième édition, revue). Paris, Delagrave.
- Haebler, Claus. 1965: *Grammatik der albanischen Mundart von Salamis*. Wiesbaden, Otto Harrassowitz.
- Hatzidakis, G.N. 1905 = Γ. Ν. Χατζιδάκις. Περὶ τοῦ σκοποῦ καὶ τῆς μεθόδου τῆς περὶ τὴν μέσην καὶ νέαν Ἑλληνικὴν ἐρεύνης. Μεσαιωνικὰ καὶ Νέα Ἑλληνικά. Τόμος Α΄: Ἐν Ἀθήναις, τύποις Π. Δ. Σακελλαρίου [repr. 1991, Ἀθήνα, εκδώσεις Βασ. Γ. Βασιλείου]. 360–405.
- Hatzidakis, G.N. 1907 = Γ. Ν. Χατζιδάκις. Περί τοῦ ν ἐν τῇ νεωτέρᾳ ἡλληνικῇ. Μεσαιωνικὰ καὶ Νέα Ἑλληνικά. Τόμος Β΄: Ἐν Ἀθήναις, τύποις Π. Δ. Σακελλαρίου [repr. 1991, Ἀθήνα, εκδώσεις Βασ. Γ. Βασιλείου]. 277–310.
- Hock, Hans Henrich. 1986: *Principles of Historical Linguistics*. Berlin / New York / Amsterdam, Mouton de Gruyter.
- Hoffmann, Otto. 1898: *Die Griechischen Dialekte in ihrem historischen Zusammenhang mit den wichtigsten ihrer Quellen*. 3. Band. Der ionische Dialekt. *Quellen und Lautlehre*. Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.
- Hyman, Larry M. 1975: *Phonology. Theory and Analysis*. New York, Holt, Rinehart and Winston.
- Jeffery, Lillian H. y Alan W. Johnston. 1990: *The Local Scripts of Archaic Greece. A Study of the Origin of the Greek Alphabet and its Development from the Eighth to the Fifth Centuries B.C.* (2^a ed. revisada, con un suplemento por A.W. Johnston) [1^a ed. 1961]. Oxford, Oxford University Press.
- Kornfilt, Jaklin. 1987: *Turkish*, en: B. Comrie (ed.). *The World's Major Languages*. London / Sidney, Croom Helm. 619–644.
- Kretschmer, Paul. 1894: *Die griechischen Vaseninschriften ihrer Sprache nach untersucht*. Gütersloh, Bertelsmann.
- Larfeld, Wilhelm. 1907: *Handbuch der griechischen Epigraphik*. Erster Band. Einleitungs- und Hilfsdisziplinen. Die nicht-attischen Inschriften. Leipzig, O.R. Reisland [repr. Hildesheim / New York, Olms, 1971].
- Lejeune, Michel. 1957: *Notes de linguistique italique: XIII. Sur les adaptations de l'alphabet étrusque aux langues indo-européennes d'Italie*, RÉL 35, 88–105.
- Lejeune, Michel. 1972: *Phonétique historique du mycénien et du grec ancien*. Paris, Klincksieck.
- Lejeune, Michel. 1989: *Le jeu des abécédaires dans la transmission de l'alphabet*, en: G. Maetzke *et al.* (a cura di), 1285–1291.
- Leumann, Manu. 1977: *Lateinische Grammatik von Leumann-Hofmann-Szantyr*. 1. Band. Lateinische Laut- und Formenlehre von Manu Leumann. München, C. H. Beck.

- Maetzke, Guglielmo *et alii* (a cura di). 1989: *Secondo Congreso Internazionale Etrusco*. Firenze 26 Maggio – 2 Giugno 1985. Atti. Roma, Giorgio Bretschneider.
- Marrou, Henri-Iréneé. 1950: *Histoire de l'éducation dans l'antiquité*². Paris, Éditions du Seuil.
- Méndez Dosuna, Julián. 1985: Los dialectos dorios del noroeste. *Gramática y estudio dialectal*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
- Méndez Dosuna, Julián. En prensa, a: El cambio de 〈ε〉 en 〈ι〉 ante vocal en los dialectos griegos: ¿una cuestión zanjada?, *Actas del II Congreso Internacional de Dialectología Griega*, Miraflores (Madrid), Junio 1991.
- Méndez Dosuna, Julián. En prensa, b: 〈ει〉 por 〈ε〉 ante vocal en griego, el valor del signo 〈+〉 en *Tespías y otras cuestiones*, *Veleia* 8 (1992/1993).
- Mirambel, André. 1929: *Étude descriptive du parler maniote méridional*. Paris, de Boccard.
- Morpurgo Davies, Anna. 1987: Mycenaean and Greek syllabification, en: P. Hr. Ilievsky, L. Crepajac (eds.). *Tractata Mycenaea. Proceedings of the Eighth International Colloquium on Mycenaean Studies held in Ohrid, 15–20 September 1985*. Skopje, The Macedonian Academy of Sciences and Arts. 91–104.
- Ohala, John J. 1989: Sound change is drawn from a pool of synchronic variation, en: L. E. Breivik, E. H. Jahr (eds.). *Language Change. Contributions to the Study of Its Causes*. Berlin / New York / Amsterdam, Mouton de Gruyter. 173–198.
- Pope, Maurice. 1992: Reseña de Bernal (1990), *CR* 42, 159–160.
- Probonás, Ioannis. 1986 = Ιωάννης Προμπονάς. Οι θεοί των αρχαίων Ελλήνων στα νεοελληνικά τοπωνύμια. I. Μαρούσι. Ονόματα 10 [= Αφιέρωμα στον... Καθηγητή Gerhard Rohlfs 1892–1986]. 105–107.
- Prosdocimi, Aldo Luigi. 1989: La trasmissione dell'alfabeto in Etruria e nell'Italia antica: insegnamento e oralità tra maestri e allievi, en: G. Maetzke *et al.* (a cura di), 1321–1369.
- Rix, Helmut. 1976: *Historische Grammatik des Griechischen. Laut- und Formenlehre*. Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- Rohlfs, Gerhard. 1968: *Grammatica storica della lingua italiana e dei suoi dialetti*. II. *Morfologia*. Torino, Einaudi [1^a ed. *Historische Grammatik der italienischen Sprache und ihrer Mundarten*. Bern, A. Franke, 1949].
- Rosén, Haiim B. 1984: Le transfert des valeurs des caractères alphabétiques et l'explication de quelques habitudes orthographiques grecques archaïques, en: *Aux origines de l'hellénisme. La Crète et la Grèce. Hommage à Henri van Effenterre*. Paris, Centre Gustave Glotz. 225–236.
- Ruijgh, Cornelis J. 1975: Analyse morphophonologique de l'attique classique. I. *Histoire de la description morphophonologique de l'attique*, *Mnemosyne* 28, 225–256 [= Ruijgh 1991: 378–409].
- Ruijgh, Cornelis J. 1986: Reseña de R. Browning (1983), *Mnemosyne* 39, 462–466.
- Ruijgh, Cornelis J. 1991: *Scripta minora ad linguam Graecam pertinentia* (J.M. Bremer, A. Rijksbaron, F.M.J. Waanders, eds.). Amstelodami, Gieben.

- Ruipérez, Martin S. 1956: *Esquisse d'une histoire du vocalisme grec*, Word 9, 241–252 [= *Opuscula Selecta. Ausgewählte Arbeiten zur griechischen und indogermanischen Sprachwissenschaft* (herausgegeben von J.L. García-Ramón). Innsbruck, Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft, 1989. 63–77].
- Sampson, Geoffrey. 1985: *Writing systems. A linguistic introduction*. London, Hutchinson.
- Sapir, Edward. 1933: *La réalité psychologique des phonèmes*, Journal de Psychologie Normale et Pathologique 30, 247–265 [citado por la trad. ingl. en: David G. Mandelbaum (ed.), *Selected Writings of Edward Sapir in Language, Culture and Personality*. Berkeley / Los Angeles, University of California Press, 1949. 46–60].
- Scherer, Anton. 1959: *Handbuch der griechischen Dialekte* (Zweiter Teil. Von Albert Thumb. Zweite erweiterte Auflage von A. Scherer). Heidelberg, Winter.
- Schulze, Wilhelm. 1904: *Die lateinischen Buchstabennamen*, BSB 1904, 760–785 [citado por Kleine Schriften. Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1933. 444–467].
- Schwyzer, Edward. 1939: *Griechische Grammatik. I. Allgemeiner Teil. Lautlehre, Wortbildung, Flexion*. München, Beck.
- Thumb, Albert. 1909: *Handbuch der griechischen Dialekte*. Heidelberg, Carl Winter.
- Trubetzkoy, N.S. 1949: *Principes de phonologie*. Paris, Klincksieck [trad. fr. de Grundzüge der Phonologie, Prag, TCLP 7, 1939].
- Vennemann, Theo: 1988. Preference Laws for Syllable Structure and the Explanation of Sound Change. Berlin / New York / Amsterdam, Mouton de Gruyter.
- Wachter, Rudolf. 1987: *Altlateinische Inschriften. Sprachliche und epigraphische Untersuchungen zu den Dokumenten bis etwa 150 v. Chr.* Bern / Frankfurt am Main / New York / Paris, Peter Lang.
- Wachter, Rudolf. 1989: Zur Vorgeschichte des Alphabets, Kadmos 28, 19–78.
- Wachter, Rudolf. 1991: Abbreviated writing, Kadmos 30, 49–80.
- Weinreich, Uriel. 1953: *Languages in Contact. Findings and Problems*. New York, Publications of the Linguistic Circle of New York.
- Weinreich, Uriel. 1957: On the description of phonetic interference, Word 13, 1–11.
- Wells, J.C. 1982: *Accents of English*. 3 vols. Cambridge, Cambridge University Press.

Abstract

It is generally believed that the Greek letter Ω, which appears in archaic local scripts, reflects a back (alternatively rounded) allophone of /k/ before back (rounded) vowels. However, if this were the case, it would be quite surprising. The rule governing the distribution of κ and Ω makes little sense from the viewpoint of Greek phonology. It is difficult to believe that the average Greek was conscious of the different allophones of /k/ since speakers are rarely aware of subphonemic phonetic detail («phonological deafness»). For this reason, allophonic spelling remains an oddity in the world's languages.

Since most exceptions to the ‘phonemic principle’ arise in situations of language contact, the use of Ω can be easily explained on the assumption that the rule was established by Phoenician speakers who misinterpreted the different allophones of /k/ in terms of the contrast between velar /k/ (χ) and uvular /q/ (Ω) found in their own speech. Thus Ωo and Ωu spellings must be viewed as mere conventional spellings with no phonetic content whatsoever.

This conclusion sheds new light on the problem of Ωu spellings attested in Attic, East Ionic, and West Ionic (Euboean) inscriptions. Being purely conventional, the use of Ω before u provides no evidence as to the back or front quality of u. Other facts which are often cited as evidence for the retention of Proto-Greek back /u(:)/ in Euboean are of dubious value. The spellings *hυπω* (Att. = ὑπό), ΩυΩνυς (= Att. Κύκνος) attested in the Chalcidian colonies of Magna Graecia point to back /u(:)/, but this is probably due to a local change /y(:)/ > /u(:)/. The pronunciation /u/ in modern Euboean and related dialects calls for a similar explanation.